

**Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Sede Argentina
Programa de Antropología Social y Política
Maestría en Antropología Social**

Tesis para optar al título de Magíster en Antropología Social

**Vidas laborales encontradas:
Trayectorias, posicionamientos y disputas generacionales de jóvenes
frente al mundo del trabajo.
-Un barrio en la zona sur del Área Metropolitana de Buenos Aires-**

Presentado por:
Juan Roberto Rengifo Gutiérrez.
Correo electrónico: parole87@gmail.com

Directora de Tesis: Dra. Nathalie Puex

Buenos Aires, Marzo de 2015

PRESENTACIÓN

Este estudio considera el ‘problema del trabajo’ desde una perspectiva antropológica. A partir de una postura procesual, analiza los cambios, las tensiones y las convergencias que, a lo largo de una misma generación, determinados jóvenes de sectores populares del partido de Lanús (Provincia de Buenos Aires) mantuvieron con relación al trabajo.

Se sostiene que el proceso generacional de estos actores estuvo relacionado tanto con los contextos y tiempos históricos, sociales y biográficos vinculados al trabajo, como con las formas de sociabilidad familiar intergeneracional y generacional que se entretejieron desde la niñez, en la década de los noventa del siglo XX, hasta la juventud, en época actual.

Indaga sobre las formas en que, dentro del contexto enunciado, se disputan, los atributos moralmente “legítimos” y sentidos morales frente a las actividades del “niño trabajador” y de “jóvenes trabajadores informales” en un contexto de pobreza, el Área Metropolitana de Buenos Aires.

Muestra así que, entre los actores locales, “el trabajo” es articulador de la sociabilidad. Por último, se trazan lineamientos para comprender cuales han sido las *posiciones* y *disputas* generacionales de estos actores, a partir de sus experiencias como niños trabajadores a finales del siglo XX y como jóvenes trabajadores del sector informal en la primera década del siglo XXI, en el área referida de la Argentina.

CONTENIDO

I. Contexto	5
II. Objetivos	8
III. Consideraciones metodológicas.....	9
IV. Hipótesis y tesis	15
V. Texto y retórica	16
2.....	21
GENERACIÓN, TRABAJO Y EXPERIENCIA.....	21
I. <i>Generación como problema sociológico</i>	21
<i>y antropológico</i>	21
II. <i>Posiciones</i>	23
<i>generación y construcción biográfica</i>	26
<i>generación y uso</i>	30
III. Sectores populares, “juventud” y trabajo.....	34
<i>juventud, trabajo y experiencia en la academia argentina y latinoamericana</i>	38
3.....	42
HOJAS DE VIDA	42
I. <i>Retratos y prácticas</i>	42
<i>contingencias</i>	42
II. <i>Prácticas y elecciones en contexto familiar</i>	50
III. <i>Funciones y reciprocidades en la intimidad familiar</i>	55
4.....	62
TRABAJO, EXPERIENCIAS Y SOCIABILIDADES INFANTILES	62
I. <i>Marcos definitorios</i>	62
II. <i>Recorridos laborales, proyectos y generación</i>	70
III. <i>Proyectando una vida</i>	76
5.....	80

JÓVENES EN RECORRIDOS INFORMALES LABORALES	80
<i>I. Trayectorias en entornos de inserción informal y precarizada</i>	<i>80</i>
<i>II Tiempos y representaciones</i>	<i>82</i>
<i>III Posicionamientos, formas de anticipación y expectativas.....</i>	<i>89</i>
<i>IV. Familia, trabajo y nexos con la otra generación de hijos.</i>	<i>94</i>
6.....	98
PALABRAS FINALES	98
7.....	103
BIBLIOGRAFIA	103

1.

INTRODUCCIÓN

I. Contexto

En la primavera del 2012, llegué a Santa María , un barrio obrero ubicado al sur del Área Metropolitana de Buenos Aires, en Monte Chingolo: una de las localidades del Partido de Lanús¹ con uno de los registros más altos de pobreza y asentamientos del distrito (Carbonelli 2012).

Mapa 1. Localización del Partido de Lanús en el Área Metropolitana de Buenos

Aires.

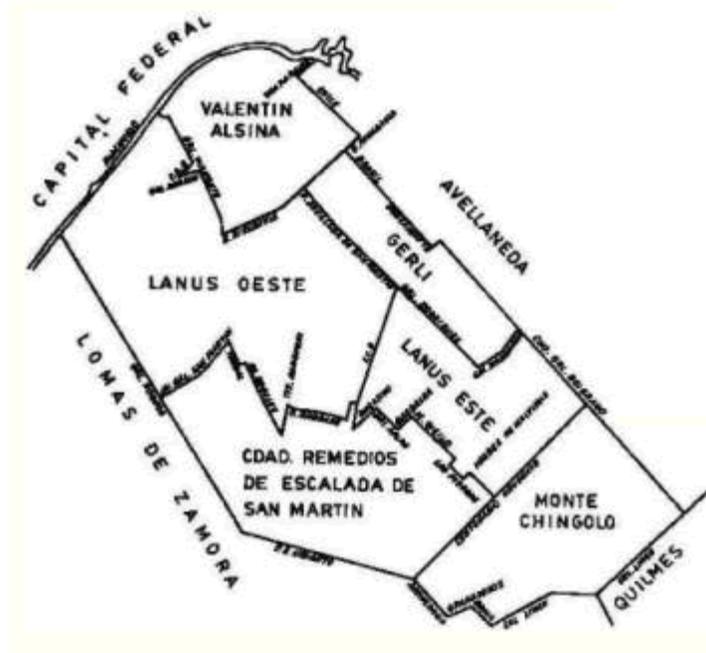


Tomado de la URL: <http://www.indec.mecon.ar/>, el 21/10/2014

¹ Lanús es de los partidos con mayor índice de densidad poblacional del Área Metropolitana de Buenos Aires. Según el Instituto Nacional de Estadística y Censos, este distrito del conurbano contaba con 459.262 habitantes, distribuidos en una superficie de 48,35 km² (Indec 2012). Se encuentra al sur de la ciudad de Buenos Aires y lo componen las localidades de Monte Chingolo, Remedios de Escalada de San Martín, Valentín Alsina y Lanús Este y Oeste.

Desde 1926, gracias a la llegada del ramal ferroviario Avellaneda-La Plata, bajo la gobernación de José María Cantilo, esta localidad pasó de ser una zona de quintas a una localidad industrial de 85060 habitantes (INDEC 2001), cuyo complejo lo conforma parte del Cuartel IX de Lanús, que linda entre Quilmes y Avellaneda (Agencia Periodística Lanús 2011). La ocupación progresiva de sus barrios, durante la década de los ochenta, ha configurado una geografía espacial particular. Dentro de sus características edilicias sobresalen casas en su mayoría de chapa, con un sistema parcial de cloacas y una superposición de calles y pasillos, que se encuentran sin pavimentar.

Mapa 2. Ubicación de la localidad de Monte Chingolo, en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Partido de Lanús.



Tomado de la URL: <http://www.comprarenlanus.com.ar/mapa.html>, el 25/06/2014

El barrio Santa María, situado entre las calles Camino General Belgrano, Fabian Onzari, Coronel Lynch y la Avenida Crisólogo Larralde, está conformado por

aproximadamente 14 manzanas, en las cuales habitan cerca de 2450 personas. Limita con Villa La Fé y con el barrio La Carne. Institucionalmente, cuenta con cuatro iglesias evangélicas, una capilla católica y dos unidades básicas peronistas del partido Frente para la Victoria principales, ambas ubicadas dentro del barrio. A lo largo de los últimos diez años, el barrio ha sufrido una estigmatización generalizada por parte de los vecinos lidentes, quienes le atribuyen los calificativos de “barrio peligroso, con calles de chantas y basurales”.

Dentro de este contexto, en la parada del colectivo “17” de la calle de entrada al barrio- Calle Onzari- me esperaban Daniel y Sandro. Ellos eran dos jóvenes que, semanas atrás, había conocido en Capital Federal, por medio de Pablo: amigo y docente de taller de construcciones de escuelas técnicas en Caballito y Flores.

Habiéndole consultado mi interés en efectuar una investigación etnográfica con jóvenes de sectores populares² de Lanús que, durante su niñez, hubieran realizado algún tipo de actividad laboral por fuera del hogar, Pablo me hizo saber de Daniel, su amigo: un joven de 28 años de edad, “(...) *que cuando pibe no anduvo sin zapatillas rotas hasta cuando conoció Capital, porque ahí caminaba por Once a ver qué onda en búsqueda de laburo*”.

No llegando a entender a cabalidad su mensaje, por mi condición de antropólogo migrante colombiano en Argentina, sin embargo, le pregunté si era posible tener un primer encuentro con Daniel. Esto con la pretensión de conocerlo, y así lanzar la primera hipótesis

² Como categoría, se entiende que el espectro de los sectores populares en épocas contemporáneas obedece a acelerados procesos heterogéneos de transformación y cambio, vividos en la Argentina, desde mediados de los años setenta. Se concibe así la pluralidad de actores que conforman estos sectores, recalcando que los sectores populares pertenecen a clases sociales, que hacen parte de un mundo más complejo de aquel que “cuando las clases obreras parecían reflejar la hegemonía social y cultural” (Battistini et al. 2012: 15).

que el “campo”, en proceso de construcción, me permitía: *Daniel salió de su casa desde pibito para no utilizar las zapatillas rotas*. Esta hipótesis sociológica fue la que me guió hasta la parada final del colectivo en Monte Chingolo, en este primer encuentro.

II. Objetivos

Este estudio antropológico tuvo como objetivo principal:

Interrogar y analizar los cambios, convergencias y tensiones que, a lo largo de una misma generación, determinados actores de sectores populares de un barrio de zona sur del Área Metropolitana de Buenos Aires mantuvieron en relación a su trabajo.

Para lograr tal propósito, se trazó como objetivos específicos:

1. Identificar las experiencias y las trayectorias laborales de jóvenes de un barrio de Monte Chingolo, desde su niñez.
2. Analizar los procesos de construcción biográfica y *disputas* generacionales de los jóvenes considerados, en relación con las vidas laborales que han desempeñado desde su niñez.

Su relevancia derivaba del interés por comprender posiciones, “afinidades” y continuidades generacionales, asociados al mercado del trabajo, de jóvenes de sectores populares del conurbano bonaerense. Abordando la noción de generación como problema sociológico (cf. Mannheim 1928; Abrams 1982; Kertzner 1983), este estudio sostiene que el trabajo es un articulador de la sociabilidad generacional, del cual es posible dar cuenta a través de las experiencias y trayectorias familiares y laborales que tuvieron lugar desde la niñez de estos jóvenes.

Este estudio reconstruye trayectorias de vida de jóvenes trabajadores del barrio Santa María, en perspectiva generacional. Considera las informaciones testimoniales y sus recorridos laborales desde cuando fueron *niños trabajadores*, en la década de los noventa, hasta la actualidad como jóvenes que trabajan en el mercado laboral informal.

III. Consideraciones metodológicas

“Los antropólogos no estudian aldeas; estudian en aldeas” (Geertz 1973). Ya Clifford Geertz en su clásica obra *The Interpretation of Culture* (1973) nos advierte de este imperativo que constituye al trabajo etnográfico, y a la manera respectiva en que el conocimiento antropológico se construye. “Estudiar en aldeas” supone que el rol del etnógrafo, una vez está en campo, es introducirse en un mundo social, en el cual interpreta y *traduce* los sentidos y significados de los actores. Su microscópica mirada, guiada por la descripción densa, le hace sentir la necesidad de escribir notas de campo que centren su atención en los significados “nativos”.

De esta situación , comprendí que el primer trabajo que debía realizar, entrando al barrio Santa María de Monte Chingolo, era adentrarme en el lenguaje. Así, ante cualquier supuesto lingüístico de semánticas y morfemas desconocidos, decidí indagar por cada uno de sus significaciones nativas. Esto representó un reto que, en el transcurso de la investigación, se tradujo en un intento cada más consciente de vincularme relacionamente con los actores que decidieron hacerse partícipes de esta pesquisa como interlocutores.

Con esta idea en mente, llegué a las calles del barrio. Entre éstas, y específicamente entre las cuadras que circundaban entre las calles Salcedo y Víctor Hugo (antes de cruzar la Avenida Camino General Belgrano), conocí los hogares de Daniel, Sandro y Vanesa – que

poco a poco se transformaron en informantes-. Sin embargo, en dicho espacio urbano, no sólo se encontraban los hogares de Daniel, Sandro y Vanesa, y sus familias, sino que también éstas eran el lugar donde sucedían la feria comunal dominical, las reuniones de las iglesias evangélicas, los encuentros de vecinos en el kiosco de Don José, la quema de basura (“con sabor a la salado”, tal como lo expresaba Sandro, constantemente), juegos a la pelota por parte de niños y riñas callejeras de jóvenes. Estas riñas se caracterizaban por ser nocturnas y obedecían, en gran parte de los casos, a formas de venganza íntimas que involucraban tanto a parientes o a “sucesos ocasionales”, cometidos contra policías.

Desde la propia experiencia, los primeros (re)encuentros que sucedían entre los informantes y yo, revertían tanto a nivel cognitivo como afectivo. Los datos sensoriales iniciales que recaudaba al estar en el barrio – tales como olores de “basuras quemada”, “excremento de animales”, “agua estancadas”, “humo”, grafitis, materiales de construcción desechados en la vereda, música de tipo cumbia villera y un cartel del centro pentecostal del barrio- no eran los únicos. Estos se intercalaban con pensamientos y sentimientos que remetían, por un lado, a preocupaciones típicas del *estado de neófito* (de Carvalho 1992) en el cual me encontraba y, por el otro, a cuestionamientos metodológicos que se me planteaban como angustias en la medida en que iniciaba a sentir la práctica etnográfica en relación al “estar aquí”, en el sentido clásico de Malinowski, y a su respectiva temporalidad. La mayor preocupación cognitiva versaba en el ordenamiento del tiempo para llevar a cabo cada actividad que se tenía planeada a manera de *check-list*; es decir desde recorridos barriales, entrevistas, grupos focales, observaciones participantes, charlas esporádicas, hasta participación en cenas, fiestas, boliches, celebraciones familiares, ferias etc.

Sin darle respuesta en su totalidad, estas preocupaciones primarias se relacionaban con ciertos miedos de “hacer campo”, por primera vez, en un contexto y “lugar de práctica” distante al de mi país de origen. Lo que mayormente causaba ansiedad era la incertidumbre frente al proceso comunicacional y corporal que habría de tener lugar entre mi persona y los interlocutores.

A este respecto, las miradas, el habla, y sus *actos*, eran aquello que me producía mayor incertidumbre, en la medida en que, para ese entonces, se me revelaban como inciertos y hasta “inseguros”, en tanto desconocía *la política de la mirada* de los actores (Epele 2007) y sus respectivas formas de expresión lingüística.

Ésta, por cierto, se articulaba con expectativas frente un “espacio” que, tal como lo precisa Wright (2008), siguiendo los aportes de Henry Hubert y Mauss (1964), Michel de Certeau (1984), Valentin Mudimbe y Peter Rigby (1992), se transformaría en “lugar” o “lugares”, dada la existencia de la práctica etnográfica misma.

Estas expectativas eran diversas. Por un lado, se encontraban: la durabilidad de mi práctica en el campo, el acceso y participación de la vida cotidiana de los interlocutores, el reconocimiento como investigador por parte de los mismos y sus familiares y amigos, el entendimiento asertivo en los procesos comunicacionales entre ambos. Por el otro, éstas se sitúan en aspectos metodológicos claves, tales como el lograr conexiones, y empatía, con otros/as jóvenes que les interesa mi trabajo, conocer los estilos de vida propios de contexto nativo y el vivenciar *situaciones de entrevistas etnográfica* (Briggs 1986) que permitieran indagar acerca de trayectorias biográficas, informaciones testimoniales y proyectos de vida de actores que conformaran alguna de las redes sociales (familiares, vecinales, laborales y/o amistades) de Daniel y Sandro.

Dado el enfoque etnográfico, la focalización en la hermenéutica de las interacciones sociales fue central, junto con continuas observaciones participantes en diversos escenarios. De éstas, llevé a cabo dos por semana durante los diez meses de campo, en las cuales logré hacerme partícipe de la cotidianidad laboral, familiar y festiva y de ocio de los informantes. El total de situaciones de entrevista que abordé a lo largo de toda la investigación fueron sesenta y dos sesiones, de alrededor de 5 a 6 horas aproximadamente. Éstas se caracterizaron por ser quince sesiones de entrevista a profundidad con cada informante principal, para un total de cuarenta y cinco sesiones, ocho sesiones de entrevista abierta con jóvenes, padres y madres y abuelos del barrio de Santa María de Montechingolo, con un grado de parentesco cercano a los informantes, y diez grupos focales.

Entre los grupos focales, que se presentaban a manera de charlas esporádicas, y , las sesiones de entrevista abierta las temáticas que se referían hacían alusión al “trabajo infantil”, a “la situación del trabajo actual para los jóvenes en la Argentina”, “las fuentes de ingreso del trabajo”, “experiencias frente al trabajo a lo largo de la vida”, “las relaciones entre vida familiar, trabajo e intimidad”, “las perspectivas de los jóvenes y adultos frente al mercado laboral”, “el rol de la ganancia dada por el trabajo”, “ el futuro de los hijos de padres jóvenes proveedores frente al mundo laboral local”, “expectativas y proyectos de vida durante la vida de los jóvenes”, “ la visión propia de los jóvenes frente a sus propias experiencias como niños/as trabajadores”, “el mercado de trabajo y las crisis económicas nacionales”.

Respecto a las entrevistas a profundidad, las categorías que se abordaron se condensaron en “construcciones biográficas y trabajo”, “ trayectorias y significados asociados al trabajo infantil”, “reciprocidad (es) y trabajo” ,“ valores, moralidades y

trabajo”, “ intimidad familiar y trabajo”, “trabajo, expectativas y sociabilidad generacional e intergeneracional”, “trayectorias y recorridos laborales”, “posiciones y disputas juveniles frente al mundo del trabajo”, “proyectos de vida y futuros laborales” y “nexos generacionales y representaciones sobre el trabajo”.

Los actores con los que interactué mantenían algún tipo de relación con uno u otro o con ambos. Esto significó que la pesquisa etnográfica se orientó a los siguientes círculos relacionales fundamentales: (a) los núcleos de parentesco primario que sostenían Daniel, Vanesa y a Sandro, (b) la red de amistad barrial de ellos tres y (c) el vínculo laboral que sostenían Daniel con Vanesa.

La consideración de Daniel , Vanesa, Sandro como *unidades de análisis* centrales (como diría Rosana Guber (2004)) obedeció a que ambos se encontraban relacionados como amigos y representaban un punto de referencia y reconocimiento de los habitantes de las manzanas Salcedo-Víctor Hugo, debido a su perseverante participación en la feria de variedades que cada domingo se hacía a tres cuadras del terreno, en el cual se encontraba la casa de Daniel. Se consideraron además como unidades analíticas, un grupo de 25 jóvenes del barrio Santa María, que trabajaban de manera informal en actividades laborales que les proveía el Partido. La participación de ellos en los cinco grupos focales que se desarrollaron en la unidad peronista, a través de la convocatoria “Diálogos laborales y futuros”³ fue de vital importancia para comprender sus posicionamientos, expectativas y proyecciones frente al mundo laboral argentino contemporáneo.

³ Esta convocatoria se llevó a cabo a manera de Encuentro de Jóvenes del barrio Santa María. En este encuentro se realizaron 5 talleres, durante una semana. La temática de cada taller fue diversa. El temario que se trabajó en estos fue: “Mercado laboral y jovenes en la Argentina de los últimos 5 años” (a la cual se dedicaron 2 sesiones de talleres), “Expectativas laborales de los jovenes en la Argentina de los últimos 5

En este sentido, el límite de este trabajo de investigación resulta del grupo de entrevistados a profundidad, junto con sus padres y madres y los 25 jóvenes. La razón de esto, es que el criterio de selección se centró en que los jóvenes entrevistados a profundidad compartían una misma condición social, en cuanto habían actuado hasta el tiempo presente como soporte económico de más de una generación- sea por su figura actual de padres o por funciones de menores proveedores a nivel familiar- y habían mantenido en su infancia, la condición de “trabajadores infantiles”.

El trabajo de campo inició en el mes de septiembre 2012 y culminó en el mes de junio de 2013 . Fueron diez meses de trabajo de campo. Estos los viví en distintas fases. Cada una de ellas implicaba un conjunto de desplazamientos interinos entre visitas a Santa María, recorridos por Capital Federal (especialmente su área céntrica conocida como Microcentro) y eventuales viajes a Avellaneda (que, en su mayoría, fueron debidos a invitaciones a celebraciones y/o encuentros familiares).

Los actores con los cuales interactué en aras del presente estudio fueron jóvenes del barrio Santa María de Monte Chingolo que, a la actualidad, tendrían entre 27 y 29 años de edad. Interesándome por las vidas de Daniel, Sandro y Vanesa, logré intercambiar diálogos y entrevistas con las madres de los dos primeros y el padre de una de ellas. Esto fue posible, gracias a invitaciones fortuitas a celebraciones familiares por cumpleaños, asados, o toma de mate.

A la par de la pesquisa etnográfica, se utilizaron distintas fuentes secundarias con el fin de situar y analizar comparativa e históricamente los datos empíricos. Dentro de estas fuentes caben resaltar: el Diario Página 12, en publicaciones del primer semestre de 1994

años” (a la cual se dedicó 1 sesión de taller), “Empleabilidad, juventud y proyecciones futuras en la Argentina reciente” (a la cual se dedicó 2 sesiones de taller). Los resultados se presentan en el capítulo 5.

(año de la avanzada legislativa argentina en materia de la prohibición del trabajo infantil), encuestas nacionales como la *Encuesta Permanente de Hogares* y la *Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes*, referentes al año 2004, datos estadísticos proveídos por el INDEC y el Ministerio de Trabajo, los boletines del Barómetro de la Deuda Social de la Infancia N°1 y 2 de 2012, documentos jurídicos y normativos sobre los derechos de la niñez y la erradicación del “trabajo infantil” de carácter nacional como internacional (a detallarse en el capítulo 3) y panfletos de partidos políticos (dispuestos a distribución pública en agosto de 2013, a raíz de la elecciones de diputados nacionales).

IV. Hipótesis y tesis

En primera instancia pensaba que las vidas laborales de los jóvenes del barrio de Monte Chingolo se mantenían tanto por las trayectorias que llevaron a cabo como niños y jóvenes, como por la heterogeneidad de experiencias vividas. A este respecto, tenía como hipótesis que en estas trayectorias fueron determinantes las maneras cómo se construyeron los *tiempos biográficos, interiores e histórico-sociales* que marcaban las condiciones de niño/as trabajadores/a y jóvenes trabajadores informales. En segunda instancia, suponía que las *disputas* generacionales de los jóvenes de Santa María re-articularban y posibilitaban demandas sociales frente a la realidad sociológica del trabajo, característica de las dos últimas décadas de la Argentina. Hipotéticamente, consideraba que estas demandas reflejaban posicionamientos políticos y formas de sociabilidad y moralidad específicas frente al mundo laboral, las cuales se hallaban vinculadas tanto al ámbito de lo íntimo y familiar como al ámbito público.

A lo largo del transcurso de la investigación, estas hipótesis las fui desarrollando, para afirmar como tesis que: las experiencias y las trayectorias que sustentan las vidas laborales de los jóvenes del barrio Santa María de Monte Chingolo dan cuenta de las prácticas, los sentidos de moralidad, las formas de sociabilidad y los posicionamientos y *disputas* generacionales que estos jóvenes han venido trazado desde su niñez, como trabajadores. Por un lado, estos aspectos se visibilizan mediante las formas cotidianas a través de las cuales estos actores han venido construyendo los lazos sociales en ámbitos íntimos y públicos. Por el otro, estos se ponen en evidencia por medio de los contenidos y significados atribuidos al trabajo y a tiempos históricos biográficos tanto de su generación como de generaciones pasadas y futuras, situadas y contrastantes de la realidad nacional argentina de la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI.

V. Texto y retórica

En *El antropólogo como autor* (1989), Clifford Geertz señalaba que “la ventaja de desplazarnos desde nuestra fascinación del trabajo de campo hacia la escritura está no solamente en el que tan dificultad podrá entenderse más fácilmente, sino también en que de este modo aprendemos a leer de un modo más agudo” (1989:34). El hacer palpable el “haber estado allí” a través de la escritura autoral evoca la necesidad de transformar el qué y porqué escribir en cómo llevar a cabo esta tarea.

En su rol, el antropólogo como autor transforma toda pretensión en la habilidad para hacer valer su conocimiento como resultado de “haber podido penetrar (o si se prefiere haber sido penetrado por) otra forma de vida” (Geertz 1989:14). De un modo u otro, la forma de

producción del conocimiento antropológico deriva y se confirma, entonces, tanto de un realmente haber estado allí como de la escritura etnográfica.

La retórica textual que se propone construir en este escrito, sigue los criterios trazados por James Clifford (1986) acerca de la *ethnographical writing*. Estos son: (1) el criterio “contextual” (que perfila y crea un escenario social de significados: el universo “nativo” anclado a la experiencia del antropólogo y sus interlocutores), (2) el criterio “retórico” (que usa y es usado de acuerdo con convenciones lingüísticas, referentes, en este caso, a semánticas locales, formalismos gramaticales y clasificaciones), (3) el criterio “institucional” (que remite a una tradición y estilo de pensamiento disciplinar y epistémico específico: la antropología de la experiencias, producida y geo-localizada desde el Sur) y (4) el criterio “histórico” .

Este último criterio advoca por que el tipo de conocimiento y la forma en la que se presenta, son históricamente y geopolíticamente situados, en este caso, en el Sur del sur de una América “Latina” que, por un lado, se entiende como espacio regional y generalización “útil” de contextualización de la diferencia cultural con América “Anglosajona” (Wright 2005) y, por el otro, es, al igual que el concepto de indio, una marca de plural construida para designar un universo geográfico y humano a costa de designios imperiales (Wright 2005).

En este marco, este escrito se divide en cinco capítulos. Cada uno de ellos, están encaminados a responder a los objetivos específicos que sustenta la tesis principal.

El capítulo “Generación, trabajo y experiencia” revisa y articula los conceptos centrales de esta investigación, junto con las orientaciones teóricas en las cuales se inscriben.

Centrándose en el estado del arte en materia de generación, trabajo y experiencia, abarca los estudios generacionales sobre juventud, desde una perspectiva genealógica. Cabe aclarar que la bibliografía en cuestión referencia a uno de los campos del estado de problema en el cual se inscribe este estudio. La otra parte, referente a niñez, trabajo y sociabilidad, se trabajará en el capítulo tercero dada su afinidad argumentativa con la temática del mismo.

El capítulo “Hojas de vida” retrata y analiza informaciones testimoniales de jóvenes del barrio Santa María de Monte Chingolo que, desde su niñez, incurrieron en el mundo del “trabajo infantil”, vistos, en la mayoría de los casos, como “juegos de infancia” o formas de “ayuda a las madres”.

Considerando esto, profundiza en la perspectiva de trayectorias y recorridos de vida. Destaca prácticas de “economía informal”. Retomando las experiencias biográficas dentro de la estructura social del tiempo histórico considerado, analiza las relaciones y tensiones familia y trabajo. En específico, identifica y caracteriza, por un lado, la organización y dinámica de los espacios domésticos y laborales y las relaciones familiares que les sucedieron a estos jóvenes a lo largo de la transición generacional niño-joven, tanto en las esferas íntima/privada como pública. Por el otro, introduce posibles articulaciones entre prácticas económicas y “sentidos de moralidad” (Howell 1997), asociados a “razones morales” (Sykes 2009), que se detallarán en el capítulo tercero.

Enlaza y sitúa, además, sus testimonios con descripciones y estadísticas locales y provinciales de Buenos Aires que diesen cuenta del panorama trabajo informal, infancia, jóvenes, en perspectiva histórica. Articulando las nociones de tiempo biográfico, histórico y

social como dimensiones analíticas de las dinámicas de los “grupos de edad” frente al mundo del trabajo, se adentra en sus trayectorias, interesándose por comprender los “usos” y “lugares” generacionales de nuestros actores frente a la composición del mundo del trabajo y la estructura de los sectores populares en la Argentina de finales del siglo XX y la primera década del siglo XXI.

En concreto, se pregunta ¿cuáles han sido las articulaciones intimidad-familia-trabajo, valores-moralidades-trabajo-reciprocidad, que jóvenes de “sectores populares” bonaerenses han vivido, desde su niñez en las dos últimas décadas, tanto en la esfera de lo privado y lo público? Asimismo se cuestiona sobre ¿dónde ubicar hoy a susodichos jóvenes en referencia a los cambios morfológicos que los sectores populares argentinos han venido experimentando en el período considerado?

El capítulo “Trabajo, experiencias y sociabilidades infantiles” se focaliza en dos aspectos. Por un lado, analiza las formas de sociabilidad generacional e intergeneracional familiar y extra-familiar que tuvieron lugar en el trabajo, durante la niñez de estos jóvenes. Por el otro, indaga acerca de los recorridos, prácticas y vínculos generacionales e intergeneracionales en la etapa temprana de vida de estos jóvenes. Retomando las expectativas, experiencias y proyectos de vida durante su niñez, se hace referencia a variables estructurales precisadas por fuentes periodísticas y bibliográficas.

El capítulo “Jóvenes en recorridos informales laborales” se enfoca en las experiencias y las trayectorias laborales que entrelazan las expectativas y los proyectos de vida de los jóvenes en la actualidad. Se centra en la condición generacional de joven y se remite a los estudios de caso estudiados para ver tanto ‘usos’, posiciones y disputas de la generación

frente al mundo del trabajo. Analiza, finalmente, los nexos entre generacionales que algunos de estos jóvenes mantienen con sus hijos, en su figura de padre o madre, en referencia a las representaciones sobre el trabajo de sus hijos y las maneras de incursionarse.

En el capítulo “Palabras finales” se retoman las principales discusiones de los capítulos anteriores y se hacen referencia a las hipótesis, con miras a comprender qué de ellas es valioso.

2.

GENERACIÓN, TRABAJO Y EXPERIENCIA

Este capítulo se divide en distintas partes. La primera presenta los orígenes de la generación como problema sociológico y antropológico, la segunda expone la idea de “construcción biográfica”, la tercera discurre en las conceptualizaciones que articulan “generación” y “uso”. Por su parte, la cuarta y la quinta y sexta se focalizan en conceptualizar la idea de “juventud”, “trabajo”, “trayectorias” y “experiencia”, analizando cómo ésta ha sido utilizada tanto en estudios antropológicos de la academia argentina como en la academia norteamericana contemporánea. La razón de esto, es contribuir a la articulación epistemológica entre el sur y el norte, de la cual estoy convencido en su necesidad.

Con esto, se busca discutir y retomar ciertos pilares de las propuestas teórico-conceptuales que, desde sus centros de enunciación y temporalidades, se han expuesto en este capítulo, con el fin de entrar en diálogo y avanzar en el campo del hecho social que nos atañe tanto en ésta como en sus investigaciones.

I. Generación como problema sociológico y antropológico

Los estudios generacionales sobre juventud en América Latina (Kropff 2008; Correa 2010; Otero 2010 2011; Vommaro 2011), Europa (Mannheim 1928; Gramsci 1949;

Berger 1960; Aranguren 1961; Bourdieu 2002; Abrams 1982; Turner 1989; Attias-Donfut 1988; Elias 1998; Feixa 2005; Bauman 2007; Larrosa 2007; Beck y Beck-Gensheim 2008) y Estados Unidos (Mead 1928; Forner y Kertzer 1978; Kertzer 1983; Newman 1997) ilustran una significativa y compleja diversidad de procesos, experiencias y entramados socio-históricos que dimensionan la noción de “generación” desde su calidad de problema sociológico (Mannheim 1928; Abrams 1982; Kertzer 1983) hasta su atributo como constructo performativo (Bauman 2007).

Adentrándose en el campo de la sociología y la antropología de las generaciones, se partirá de las teorizaciones iniciales que inauguran el campo de estudios de las generaciones como problema sociológico, y se irán introduciendo constructos como “juventud” y “juventudes” que den cuenta de cómo el pensamiento social contemporáneo ha venido interpelando la noción de generaciones, para así articularla frente a los constructos de “trabajo” y “experiencia”, en jóvenes.

De esta manera, el barrido teórico-conceptual que sustenta este estado del arte se remite a posiciones, espacialidades y centros de producción académica diversos: desde América Latina hasta Europa y Estados Unidos.

Se espera con esto, sustentar la perspectiva teórica que constituye este escrito, la cual entiende a la generación como construcción sociohistórica y biográfica que mantiene un estrecho vínculo con la experiencia social de los sujetos y se rearticula con demandas y lugares generacionales de grupos de edad que desafían a la realidad en la que viven, a través de actuaciones centradas en actividades laborales específicas. Conforme a esta definición, se justifica el presente estado del arte que parte de considerar la generación en perspectiva sociohistórica y concluye en trazar un eje de referencia teórico-conceptual

acerca de la juventud, trabajo y experiencia en el ámbito argentino y latinoamericano, como marco de comprensión analítica.

II. Posiciones

generación en perspectiva sociohistórica

En las ciencias sociales, la noción de generación como problema sociológico moderno es inaugurada por Karl Mannheim (1928) y retomada por Abrams (1982) desde la sociología histórica y por David Kertzer (1983) desde la articulación entre demografía y sociología.

En su artículo “El problema de las generaciones”, publicado en *Essays on the Sociology of Knowledge* de Paul Kecskemeti (1952), Mannheim considera a “las generaciones” como una dimensión analítica útil tanto para el estudio de las dinámicas del cambio social, como para las actitudes de una época determinada y lo que Mary Douglas (1996) denominaría ‘los estilos de pensar’.

Si bien la principal preocupación de Mannheim tenía como foco incluir a las generaciones en la investigación sobre las bases sociales y existenciales del conocimiento en relación con los procesos de los cambios históricos y sociales (Leccardi y Feixa 2011), el principal objetivo de su pesquisa se localizó en la búsqueda por distanciarse tanto del positivismo de Comte (1830-1842), y de los enfoques biológicos de las generaciones, como de la línea romántico-histórica de Dilthey (1883), para así arraigarse en un concepto de generación en perspectiva histórica. Mediante éste se hacía viable ver cómo los tiempos históricos se situaban en relación con aquellos de la existencia humana y se entretrejían con el cambio social.

Según el autor, las generaciones son el resultado de discontinuidades históricas. En éstas los ‘estilos de pensar’ son “productos específicos” que derivan de la colisión o choque

entre los tiempos biográfico e histórico. Uno de sus factores configuradores es el tramo del proceso histórico que los jóvenes de igualdad de clase y edad compartían: *la generación en sí*. De ese compartir surge el vínculo generacional, el cual no necesariamente se sitúa en el hacerse partícipe de una misma fecha de nacimiento. El vínculo generacional se caracteriza por irrumpir la continuidad histórica que rige a los acontecimientos.

La “experimentación” de dicha discontinuidad, por una parte, establece un *antes* y un *después* frente al ejercicio de la vida colectiva y, por la otra, engloba las vivencias de los miembros de un grupo de edad, cuya etapa formativa en los procesos de socialización no se encuentra concluida (Mannheim 1928). Este supuesto le permite afirmar a Mannheim que las vivencias históricas juveniles son *primeras impresiones*, o vivencias que hacen parte del *primer estrato de experiencia*. Estas experiencias tempranas en la vida social de un individuo “tienden a quedar fijadas como una imagen natural del mundo”(Mannheim 1928:216). Para nuestro caso, los jóvenes que experimentarían entonces problemas históricos asociados al mundo del trabajo informal formarían parte de una misma generación (Mannheim 1928).

Desde una perspectiva antropológica, cabría aclarar que los problemas y las condiciones laborales que los jóvenes de sectores populares enfrentan en relación con el trabajo informal obrero o poco calificado tiene implicancias sociales desemejantes a la del trabajo informal desarrollado por jóvenes de sectores sociales más formados, tales como profesionales o ingenieros, que, si bien trabajan sin reconocimiento a las prestaciones sociales, mantienen una relación diferente e a su informalidad.

Lo significativo del ensayo de Mannheim (1928) ha sido el hincapié que adopta en el acontecer histórico. Se trata de un texto que escribió en un periodo en el cual “los movimientos juveniles en Alemania tenían decenas de miles de miembros y habían

asumido un papel preponderante en la vida nacional del país” (Leccardi y Feixa 2011:17). Esto da a entender el foco teórico histórico-social de su obra. Éste va a ser retomado y desarrollado cincuenta años más tarde por el sociólogo inglés Philip Abrams (1982) en varios puntos.

Entre los años de producción del ensayo de Mannheim y la década de producción en la que escribieron Abrams y Kertzer, varios análisis sociológicos y antropológicos acerca de las transiciones en el curso de la vida se han escrito desde la academia norteamericana. Estos estudios han puesto énfasis en las consecuencias que dichos cambios traen para los individuos. En particular, se han enfocado en las barreras que, para los individuos, traen el moverse o desplazarse de un conjunto de roles *generacionales* a otro, en el contexto de las sociedades occidentales (cf. Benedict 1938; Rossi 1968; Brim 1976).

Si bien David Kertzer y Anne Forner (1978) muestran cómo las transiciones a lo largo de la vida son más que un asunto individual, ya que “envuelven un inter-juego entre el individuo y aquello que éste enfrenta como sociedad o estructura social” (1978:1081), los estudios de Ruth Benedict (1938) sobre la posición generacional de la infancia sugieren que, desde el punto de vista individual y comparativo, es posible atestiguar los contrastes entre los infantes y los adultos. Por más de que la autora afirme que esta postura no deja de ser uno de los dogmas imperantes en la cultura occidental, su mirada frente al estudio de las generaciones ilustra, comparativamente, que las diferencias generacionales entre las sociedades contemporáneas pueden ser validadas si se consideran los cambios históricos de las culturas y las sociedades. En efecto, las principales preguntas que el análisis de Benedict se traza remiten a la razón de existencia de estas diferencias, su naturaleza, y las transformaciones de las relaciones generacionales a lo largo de la historia.

Sea desde el punto sociológico de Mannheim como desde el antropológico de Benedict, se puede ver que uno de los modos de comprender las nociones de generación es desde la perspectiva socio-histórica. A la par, se observa un punto de quiebre en la aproximación que ambas conceptualización efectúan frente al campo generacional. Mientras que para Mannheim la idea de generación se sustentaría en una dialéctica generacional joven-adulto, para Benedict la generación remitiría al contraste entre el ser niño y el ser adulto. Esta comprensión, por antítesis, de las transiciones a lo largo de la vida, es lo que permite a Benedict interesarse por las diferencias culturales y sociales, siguiendo la línea boasiana del particularismo histórico.

generación y construcción biográfica

El debate de las generaciones en Italia ha impuesto una concepción genealógica del concepto generación, definida en términos de descendencia. En este ámbito, la noción de *conciencia generacional* ha adquirido relevancia. Principalmente, esto se debe a que esta noción ha permitido articular e interrelacionar las nociones de tiempo interior, biográfico e histórico-social.

De acuerdo con Carmen Leccardi (2002) estas dimensiones temporales ponen en relación la vida social y la subjetividad de los actores. En tal contexto, la referencia a esta categoría como *canal interpretativo* se revela ventajosa. En primera instancia, éstas redefinen los modos de vivir y de representar el tiempo. En segunda, porque enlazan en sí tanto las transformaciones de la subjetividad como de las construcciones biográficas. Ambos conceptos son claves para comprender la experiencia. La subjetividad, por un lado, remite a la habilidad de intervenir creativamente sobre el mundo, por el otro, al sentido que se

construye a partir de la conciencia de la limitación de la naturaleza (Gadamer 1987). La biografía, por su parte, es la forma de narración que vincula, en anclaje temporal, un conjunto de eventos con un campo de significados, finalidades y fines (Kerby 1991).

Así, a partir de las características temporales se hacen posibles las transformaciones de las construcciones biográficas. Tales construcciones aparecen como resultado de tres ejes: el tiempo interior, biográfico e histórico-social. A estos habría que sumarle el tiempo jurídico, aporte del presente estudio.

Tal como lo refiere Carmen Leccardi (2002):

“El tiempo interior, expresa la dimensión de la subjetividad y es inseparable del carácter corpóreo de la existencia humana. Puede ser considerado el fundamento de todas las demás dimensiones temporales humanas”(2002: 43).

Por su parte, Luckmann (1993) habla del tiempo biográfico como proceso. Como un proceso mediante el cual el sujeto le otorga significado al curso de su propia vida, tomando como base “los esquemas interpretativos sacados del stock de conocimiento socialmente disponibles en un determinado momento histórico” (Leccardi 2002:43). Es en estos esquemas que el sujeto se sostiene y construye un puente en su propia temporalidad interior y el espacio temporal que lo trasciende; es decir el tiempo histórico-social. Éste último se considera como el producto de las actividades sociales históricamente determinadas (Sue 1994).

Todos tres delimitan las “coordenadas” sobre las cuales se dimensiona aquello que llamamos experiencia en cuanto “cruce reflexivo de lo vivido” (Leccardi 2002); esto es:

“La capacidad de preparar una propia narración biográfica, y de colocarla dentro de las más amplias duraciones sociales. En cuanto forma de *interpretación* y de *consciencia* de sí mismo, la experiencia es una dimensión exquisitamente ligada al tiempo interior” (Jedlowski, 1994).

De modo paralelo, es posible afirmar que parte de sus contenidos llega ser plasmada por el tiempo histórico-social. Esto hace que el tiempo biográfico llegue a ser percibido como resultado de la intersección entre la autorreflexión del sujeto y la necesidad que siente de ponerse en relación con el tiempo de las instituciones sociales. Esto ha dado pie para introducir la reflexividad como dimensión analítica de la dinámica generacional y los procesos de cambio social. En sí, la referencia a la conciencia generacional muestra las formas a través de las cuales los individuos procesan las continuidades y discontinuidades histórico-sociales, para configurarse en la base de construcción de los vínculos inter-generacionales.

En la década de los noventa, intelectuales feministas como Bell (1999) y Siebet (1991) interesadas en la región del *Mezzogiorno italiano*, analizaron los cambios biográficos femeninos y las formas en que las jóvenes de la región desarrollaron vínculos entre generaciones (en términos de genealogías femeninas) con mujeres adultas que, por cierto, eran analfabetas.

En este sentido, el concepto de conciencia generacional tiene un doble componente: la historicidad y el vínculo estrecho con la experiencia. Tal como lo reseñan Carmen Leccari y Carles Feixa, la historicidad atañe a:

“la habilidad de situarse uno mismo dentro del marco histórico, en base a la conciencias de que existe un pasado y un futuro que se extienden más allá de los límites de la propia existencia y relacionar la propia vida con la vida de las generaciones previas y de las futuras generaciones”(2011: 20).

La función de la conciencia generacional es contribuir a que se generen los vínculos subjetivos necesarios que acogen tanto el pasado como el presente y futuro de manera colectiva. Por tanto, “situarse uno mismo en el fluir de las generaciones no significa

solamente relacionarse con el tiempo social, sino inscribir la propia vida, la propia historia, en una historia más amplia que la comprende” (Leccari y Feixa 2011:20).

La dimensión de la experiencia frente a la conciencia generacional remite a la promoción del contacto profundo con el tiempo-vida (Jedlowski 1994). En cuanto proceso, la interpretación del tiempo biográfico que es posible trazar por medio de la conciencia generacional da lugar al crecimiento personal, a modo de contraste con el tiempo histórico. Esto es posible en la medida en que este tipo de conciencia se asume en su dimensión reflexiva y que, por lo tanto, conlleva a la reflexión sobre la propia proximidad/distancia de otras generaciones familiares vivas.

“En donde está presente esta conciencia, las relaciones intergeneracionales se convierten en dominio de elaboración subjetiva. Ser conscientes del propio tiempo de vida significa pues, ser conscientes de sus relaciones en un espacio más amplio de tiempo” (Leccari y Feixa 2011:21). Esto implica que tanto la temporalidad histórica como social adquieran resonancia en la configuración de la subjetividad, en la medida en que se encuentran medidas desde lo afectivo. Desde esta lógica, es posible sostener la idea de que la memoria colectiva (Halbwachs 1925; 1950) potencia la memoria personal. Uno de los factores que permite la conciencia generacional, es, en efecto, la revisión de dicha memoria, para, de tal forma, problematizarla o quizás, tal como lo enseña Gramsci en *La questione dei giovani* (1930), rechazarla.

De esta forma, es conveniente señalar que, si, por un lado, para Mannheim (1928) la generación es un componente de la sociología del conocimiento, para Gramsci (1930) la cuestión de los jóvenes advoca por una conciencia generacional en la virtud de la cual la dirección juvenil del curso histórico hace, de igual forma que para los mayores, “una importante ficción” (Gramsci 1930).

generación y uso

Si bien es cierto que tanto para Kertzer como para Mannheim una cohorte ha de remitir a una generación con trayectorias especiales en contextos históricos específicos, también es cierto que la “generación”, en cuanto categoría, puede ser asumida como *uso* que “opera en una estructura de alteridades etarias”(Kropff 2011: 78). Esto es, como una construcción adscriptiva o auto-adscriptiva que se re-articula con las demandas y los lugares generacionales de los sujetos, y sus respectivos grupos de edad, que participan y desafían a la realidad social en la que viven. Caso etnográfico al respecto, es el trabajado por la antropóloga Laura Kropff (2001) entre los jóvenes punk mapuche de Bariloche (Río Negro, Argentina).

Desde esta mirada, se podría definir a los “usos generacionales” como una categoría que permite entender la formas en que operan, se posicionan y participan las construcciones adscriptivas o auto-adscriptivas de grupos de edad dentro de la realidad social contemporánea.

A partir de la academia antropológica argentina, se podría decir que la adopción de esta noción, supone advocar por que la generación es una dimensión estructurante de la práctica social. Por un lado, ésta consolida e inscribe subjetividades construidas en clave etaria (Kropff 2011), y, por el otro, se relaciona con situaciones de clase, ciudadanía política y con estilos de vida cultural, vinculantes a los grupos y a la “adquisición” de edad (Turner 1989).

Para Bryan S. Turner (1989), el proceso de “adquisición de edad” puede ser localizado en el corazón de la teoría sociológica, ya que estos están interconectados con “las condiciones de la solidaridad social”. La edad y el proceso de adquisición de la misma son categorías socialmente construida para la clasificación de personas. En cuanto

nociones, son histórica y culturalmente específicas. Por lo cual, los problemas que las conciernen a ambas son relativos al contexto histórico y social en el que se presentan.

Frente a este panorama, la aproximación adulto-céntrica que revelan las obras de Margaret Mead (1928) y Ruth Benedict (1938) para comprender a la adolescencia como un estado biológico y psicosocial transicional, se cuestiona. En la medida en que ambas antropólogas no contemplan la capacidad de agencia de jóvenes y niños, debido a que en la sociedad de Samoa, los joven contaba con mucho menos agencia que aquellos de nuestras sociedades, en donde se han venido promulgando los Derechos del Niño. En las sociedades contemporáneas, la agencia puede pensarse así como una construcción social que justamente marca generaciones.

A pesar de ello, las críticas hacia ambas antropólogas han sido enunciadas desde la academia argentina contemporánea (cf. Chaves 2005; Padawer 2004; Szulc 2004; 2006). Sin embargo, dejan de lado el análisis que antropólogos clásicos como Edward Evans-Pritchard en su etnografía *Los Nuer* (1940), realizan con respecto al funcionamiento de la estructura de los grupos de edad. Cuenta Evans-Pritchard, en su obra que:

“Aunque existen seis grupos con miembros vivos, existen muy pocos supervivientes de los dos grupos más viejos, y, desde el punto de vista de un hombre joven, están fusionados con el que los sigue. Sólo cuatro grupos cuentan y, tal como los ven los individuos, se fusionan en grupos de dos generaciones, de iguales y hermanos, viejos y padres o jóvenes e hijos” (Evans- Pritchard, 1987 [1940]: 273).

En esta definición es de fijarse como, el autor, al interesarse por la estructura social, concibe a “los grupos de edad” como una institución estrechamente vinculada con la organización político-económica y no sólo con trayectorias de socialización. En cuanto institución, se encuentra atravesada tanto por el principio de segmentación social como por las dinámicas de fusión y fisión que caracterizan a la política. Dentro de esta institución, los vínculos parentales permiten establecer condiciones de igualdad frente a generaciones.

De la misma forma que los jóvenes se asumen como iguales en relación a los mayores, los mayores se muestran en la misma posición en referencia a los menores.

Este posicionamiento da a entender al sistema de “grupos de edad” como un sistema cambiante y dinámico, cuyos miembros son capaces de pasar por distintas etapas de juventud y vejez relativa (Kropff 2009).

Situados en el campo de las relaciones sociales centradas en el parentesco, el lenguaje que caracteriza a estos grupos está centrado en los nexos familiares que se establecen entre los grupos etarios. Estos actúan estableciendo asociaciones vinculares entre miembros de comunidades locales, para, de tal forma, conformar un sistema de sucesión de cohortes que distan de ser definidos por vías de categoría de edad.

De acuerdo con Evans-Pritchard (1940), las categorías de edad entre los Nuer son dos: niño-joven y adulto. Éstas son fijas, a diferencia de los grupos de edad, en los cuales se hace viable el desplazamiento por medio del ritual.

En Brasil, en la década de los setenta, David Maybury-Lewis llevó a cabo un estudio etnográfico entre los *akwè-shavante*. En éste, lleva a cabo un análisis diferencial entre las nociones “grupos de edad” y “grados de edad”. Tal como lo expone Kropff (2009), Maybury-Lewis muestra que los primeros pueden ser descritos etnográficamente como: “los que unen a los hombres que pasaron por la choza de los solteros juntos, que además iniciaron juntos y que se casaron en la misma ceremonia” (Kropff 2009:177). Esto muestra que aquello que consolida un grupo de edad es la experiencia socialmente significativa que determina la instancia ritual.

A diferencia del “grado de edad”, los grupos de edad configuran lazos de solidaridad que atraviesan tanto clanes como clivajes. Esto por más de que, siguiendo a

Mouffe (1981), un “grado de edad” se constituya en un lugar de interpelación de subjetividades hegemónicamente definidas.

juventud , usos generacionales y vida social

¿En qué medida los usos generacionales se sitúan como la causa socialmente significativa de la acción social de la juventud? Esta pregunta antropológica orienta a los trabajos de Kropff (2009; 2011) y Turner (1989). Si bien el abordaje de la edad ha cobrado impulso en la producción antropológica de Kropff desde los aportes del campo de estudios étnicos, su perspectiva contribuye para pensar la edad como dimensión estructurante de la vida social.

Su enfoque recupera una mirada antropológica que no entiende a los “jóvenes” como objeto, sino como “proceso mismo de construcción y disputa de alteridades etarias”(Kropff 2009:174). Para la autora, se trata de desplazar la mirada de la juventud hacia “una categoría auto y alter adscriptiva en el marco de interacción que se inscribe en la trama social en clave etaria” (Kropff 2009:175). Esta definición de juventud es complementaria a la proveída por Pierre Bourdieu (1978 [2002]).

En su ensayo breve sobre la juventud, este autor declara que:

“Las clasificaciones por edad [...] vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, cada quien debe ocupar su lugar. [...] Hablar de los jóvenes como una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye una manipulación evidente. Al menos habría que diferenciar entre *las* juventudes” (1978 [2002]:164-165).

Relativizando el valor del término juventud, Bourdieu se propone mostrar cómo las generaciones se constituyen a partir de las disputas en el campo político. Recupera los aspectos conflictivos y relacionales de las mismas y cuestiona aquellas miradas que

rescatan la contraposición de una generación con otra. Así, inaugura el enfoque relacional y socio-histórico de la juventud.

Las conceptualizaciones de Kropff (2009) y de Bourdieu (1978 [2002]) son tomadas como marco de referencia para definir el concepto de “juventud” por el presente estudio.

Asumir ambos marcos tiene como implicancia el desprendimiento de toda mirada normativa, para comprender a los “jóvenes” en relación con la situación histórica y social que les tocó vivir (Urresti 2000).

Si bien de esta situación ya nos advierte Mannheim (1928), es de precisar que esta idea ha sido una de las constantes del campo de estudios generacionales que distan de orientaciones demográficas. La “juventud” puede pensarse así como una categoría que adquiere significado en la medida en que se enmarca y se sitúa en el mundo social (Chaves 2006).

III. Sectores populares, “juventud” y trabajo

En la sociología que dominó a la escuela norteamericana en la década de los 90 del siglo XX, la teoría de Loïc Wacquant acerca de los pobres urbanos como “subclase” sin empleo (1993), trae dos argumentos fundamentales. Arguye, por un lado, que la “clase base” (*underclass*) del gueto- o subproletariado- conformó un estatus social distintivo que se fue aislado del resto de la sociedad. Por el otro, sostiene que entre esta “subclase” el empleo se establece como alternativa viable para el bienestar y que, por lo tanto, la estabilidad es la norma, no la excepción.

Katherine Newman (1999), por su parte, se propone traer a la luz estos dos argumentos en su pesquisa etnográfica entre jóvenes trabajadores con empleos de baja

remuneración y buscadores desempleados en Harlem. Por más de que la *underclass theory* de Wacquant (1993) sostenga que los desempleados se encontraban separados de los trabajadores y que el bienestar de las mujeres, y su descendencia, fue removido del mundo del trabajo, la génesis de la obra de Newman *No Shame in My Game* puede ser pensada como la confrontación empírica a estas ideas centrales de la aproximación de Wacquant.

La principal aseveración del libro de la antropóloga Newman es que las vivencias de los afroamericanos en la *inner city* no se encuentran predominante focalizada, en lo que, desde la perspectiva de Wacquant, vendría a ser la vida en la calle; esto es la vida en el mundo de las armas, drogas (Bourgois 2010) y estafadores. Ésta se ha olvidado de otras formas de vida de jóvenes afroamericanos en los suburbios de Estados Unidos como, por ejemplo, el trabajo remunerado.

De esta situación nos advierte Newman (1999), aclarando que: “incluso en los barrios mayormente empobrecidos del estudio sobre las vida de las familias urbanas, llevado a cabo por la Universidad de Chicago (en el cual Wacquant contribuyó), más de un tercio de los habitantes de barrios pobres andaban trabajando y alrededor de la mitad hacían parte tanto de la fuerza de trabajo como estudiaban en la escuela” (2002:1578).

Para Newman, en la literatura sociológica sobre la *inner city* existe un vacío acerca de los “pobres trabajadores”. Declara, además, que la inclusión de los mismos es necesaria y crítica porque “el lugar del trabajo es uno de los lugares en los cuales la interacción entre las clases media, trabajadora y los pobres del gueto, de hecho, toma lugar” (Newman 2002:1579).

En efecto, el trabajo establece determinados modelos de comportamiento, los cuales son posibles en la medida en que el lugar de trabajo de trabajo configura un espacio social y de amistad, en el cual se intensifican las aspiraciones convencionales y colectivas junto con

las costumbres (Newman 1999). Largas jornadas de trabajo en la industria de comidas rápidas en el transcurso de un año facilitan y promueven este proceso.

Para Newman (1999), éstas se conforman como maneras estratégicas a través de las cuales los jóvenes con empleos de baja remuneración son distanciados de redes de amistades de “la calle”, tales como grupos de fiesta, o, simplemente de pasar el rato. Esto, a pesar de que, a diario, a ellos se les recuerde de su bajo estatus en la jerarquía industrial y de su poca remuneración. En este punto, Newman es enfática en mostrar el grado de conciencia y de decisión que estos jóvenes tienen con relación a las condiciones laborales, y tal como lo afirma: “ellos saben que no son buenos trabajos, [...] para muchos, los trabajos poco remunerados son la mejor opción en el rango limitado de pésimas alternativas” (Newman 1999).

De este proceso de toma de decisiones, y su contexto, Wacquant (1993) no se asesora en sus estudios. Esto representa una limitante de su teoría y orienta a Newman para considerar que en el enfocarnos en el trabajo de jóvenes pobres (*working poor*) no hace más que recordarnos que el empleo, de manera aislada, no permitirá resolver la pobreza. A decir verdad, las condiciones estructurales de los trabajos mal remunerados detallarían las fuerzas macroeconómicas que han estado ligadas a este tipo de trabajadores (Newman 1999).

Una de las mayores contribuciones del libro de Newman (1999) a la comprensión de las realidades sociales de jóvenes de clases populares y el mundo laboral, es la descripción que sustenta su “status gauntlet”. Afirma que:

“Ghetto youth are particularly sensitive to the status degradation entailed in stigmatized employment. . . . Hence jobs that routinely demand displays of deference force those who hold them to violate “macho” behavior codes that are central to the definition of teen culture. There are therefore considerable risks in seeking a fast food job in the

first place. . . . It is hard to know the extent to which this stigma discourages young people in places like central Harlem from knocking on the door of a fast food restaurant” (Newman 1999:95).

Mediante esta cita se dan a conocer el proceso de estigmatización al cual los jóvenes de Harlem están sobrepuestos, una vez deciden buscar y hacer parte del mercado laboral. No obstante, ellos deciden acceder en la medida en que son conscientes de que la única manera para permanecer en la escuela es proveyéndose los recursos financieros de la propia fuerza de trabajo (Newman 1999). En este sentido, el mantenimiento dentro de la red laboral se hace fundamental, ya que son a través la sustentación de las conexiones que es posible avanzar y “no pasar a la puerta del frente”(Newman 1999).

Así, los denominados “burger flipper” se configuran en un campo simbólico para en entero poblacional con bajas remuneraciones en la industria estadounidense de comida rápida. En estos, el bienestar y el trabajo son asumidos como estrategias de supervivencia de las familias de sectores populares- que para Newman pueden ser entendidas como “pobres”-.

Como estrategia, estos tipos de trabajo despojan un tipo de moralidad, concerniente a la percepción del trabajo. Lo importante de esta percepción es que, sabiendo que son dados en malas condiciones, los jóvenes los adquieren y mantienen, dado al significado moral atribuido a los mismos. Su valor radica en que estos les brindan una satisfacción moral a quienes los toman, por el hecho de no estar desempleados, a su vez que, delinean una identidad como trabajadores. Esta identidad, los hace sentir moralmente superiores a aquellos jóvenes que incurren en actividades delictivas y/o están desempleados.

juventud, trabajo y experiencia en la academia argentina y latinoamericana

En la academia argentina, desde la sociología de las juventudes, los nexos entre jóvenes y trabajo se ha venido discutiendo desde distintas esferas (Kornblit 1996; Kessler 2004; Jacinto et. al. 2005; Otero 2006; 2010). En específico, estos remiten a ejes analíticos concernientes a: los procesos de reconfiguración de y en las representaciones sociales y el sentido de los jóvenes contemporáneos frente al trabajo y la pérdida de centralidad que enfrenta el trabajo como forma de integración social o “principio de subjetividad”.

Por su parte, investigaciones con jóvenes del Gran Buenos Aires, como las de Gabriel Kessler (2004), se han interesado en estudiar las articulaciones entre trabajo y delitos específicos (como aquellos contra la propiedad). En primera instancia, esta investigación analiza el impacto del crecimiento de la inestabilidad y precariedad laboral en el pasaje de una lógica del trabajador a otra del proveedor. En segunda, indaga sobre la sociabilidad de dichos jóvenes, señalando sus particularidades, para así concluir con las relaciones vecinales, los dilemas ante el robo barrial y las estrategias de los vecinos para establecer nexos con los jóvenes.

Las investigaciones de Analia Otero (2010 2011) señalan, además que: “en cuanto a la dimensión laboral los itinerarios juveniles de hoy parecen constituirse cada vez más como una serie de secuencias temporales en las cuales, si lo logran, se insertan como trabajadores formales/informales, pero la idea de continuidad durante toda su vida activa en un mismo espacio laboral aparece como una opción en duda” (2011: 179).

Por su parte, las indagaciones, tanto nacionales como latinoamericanas (Molitor 1993; Martín Serrano 1991; Pérez Islas y Castro Pozo 2001; Ibáñez Schuda 2005) que han girado alrededor de las representaciones juveniles sobre el trabajo han traído a la luz no solamente “tramas complejas en las construcciones elaboradas por los sujetos

jóvenes”(Otero 2011: 179), sino también un conjunto de experiencias, prácticas cotidianas y distintas formas de participación en el mundo del trabajo que los jóvenes hallan como contienda, tanto para satisfacer las necesidades personales (y familiares) como instrumentales o materiales (Kornblit 1996).

Trayendo a colación a Kornblit (1996), se percibe que, por más de que los jóvenes tengan ciertos criterios instrumentales que los vinculan a la búsqueda laboral, estos asocian a él un valor: “valoran el seguir estudiando como valor en sí mismo y no por las consecuencias beneficiosas que podría acarrearles en términos de una mayor gratificación económica” (Kornblit, 1996:112). Este último aspecto puede representar un paralelo en relación a lo expuesto de Newman (1999).

Si bien en la presente investigación se sostiene en la idea, ya rastreada desde Mannheim (1928), según la cual las trayectorias generacionales de jóvenes deben ser leídas en clave socio-histórica, también se adhiere a considerar que las experiencias juveniles en el mundo del trabajo son dinámicas, heterogéneas y moralmente diferenciadoras de quienes no están empleados o conducen una vida en la ilegalidad, siguiendo los argumentos de Newman y el expuesto de Kornblit (1996).

Particularmente significativo, resulta ser el hecho de que ambos estudios, junto con los de Otero (2010, 2011) no se interesen tangencialmente en las formas de sociabilidad que permean a los mundos juveniles del trabajo, desde una perspectiva generacional centrada en las transformaciones de la subjetividad de los jóvenes trabajadores de sectores informales y en los cambios familiares (tanto privados como públicos) que conformaron al mundo del trabajo.

Esto plantea la necesidad de conocimiento de este punto que, en la esfera de lo social, se trasluce en la identificación y comprensión de trayectorias de vida – y sus

respectivos *sentidos de distinción* generacional- que han llevado a jóvenes de sectores populares (en particular, pero también podría pensarse para de sector medio) a incurrir en experiencias de trabajo, de distintas características.

Con respecto a este punto, la noción experiencias laborales la entendemos como una realidad que está siempre en movimiento (Alves y Rabelo 1996). No es un episodio aislado sino que, al estar integrado a la vida, configura una manera de estar en el mundo particularmente asociada al cuerpo. Como fundamento de nuestra existencia en el mundo, el cuerpo es: “una dimensión de nuestro propio ser [...] El cuerpo es el lugar donde se inscriben varias dimensiones de la vida (experiencias pasadas, proyectos o esfuerzos concretos para intervenir la realidad)” (Alves y Rabelo 1996:12).

Por lo cual, desde un enfoque hermenéutico, el concepto de experiencia no sólo evoca lo cognitivo sino también lo emotivo y valorativo.

Considerando así que la experiencia como proceso se sitúa en un entramado de relaciones intersubjetivas, construidas y reconstruidas histórica y socialmente en un amalgama de dimensiones (cognitiva, normativa-valorativa, emotiva, entre otros) (Grimberg 1999 2000), sostenemos que la experiencia en el mundo del trabajo constituyen una base: la base de construcciones y cambios generacionales que articulan prácticas y relaciones entre poder, género y emoción trazables en la vida cotidiana. Tal como lo pone en evidencia Grimberg (1999) esta articulación entrelaza una activa construcción intersubjetiva, la cual, a su vez, a procesos estructurales históricos. La experiencia transcurre en un horizonte de temporalidad. En éste es posible la re-apropiación o re-elaboración de sentidos con cierta direccionalidad. En cuanto histórica, el pasado, presente y futuro son dinamizados de manera no lineal. Como arguye Mearleau-Ponty (1968), tanto el pasado como futuro son un eco uno del otro. Por más de que el pasado dirija el futuro,

éste también puede llegar a ser reelaborado a partir de las expectativas, aspiraciones y proyectos de vida futuros. Por lo tanto, las trayectorias y experiencias de los jóvenes de sectores populares trabajadores en el ámbito de la informalidad, hallarían un punto de encuentro y disputa con su niñez, tal como se pretende mostrar en este estudio realizado en una localidad barrial del área metropolitana de Buenos Aires.

3.

HOJAS DE VIDA

I. Retratos y prácticas

Iniciar a hablar sobre experiencias y prácticas de “economía informal” conlleva a una constatación: la aceptación de que existen una heterogeneidad de actividades, jornadas diarias y múltiples maneras de “llevarla a cabo” en el transcurso vital (cf. Gorbán 2012). Como producto y forma de dicha heterogeneidad, ésta puede ser entendida como una actividad que conecta ámbitos familiares y de trabajo, al mismo tiempo que puede o no generar espacios de estabilidad ligados al desarrollo de una profesión. Por lo cual, “de cualquier modo, aún hurgando en los casos específico de mayor informalidad, observamos de qué manera estas actividades pueden constituirse en una alternativa válida, dadora de bienestar e incluso reconocimiento (Battistini 2012:72).

Considerando esta premisa, en las páginas que siguen, procuraremos retomar y articular trayectorias y recorridos de jóvenes del barrio Santa María de Monte Chingolo que, desde edad temprana, incursionaron en actividades laborales específicas. Siguiendo la matriz argumentativa general de este capítulo, profundizamos el análisis sobre las relaciones que estos jóvenes han mantenido con su familia y trabajo, dilucidando la esfera de lo público, los espacios y su nexos con las actividades “económicas” (circulaciones monetarias y socializaciones económicas) que lo detentan.

contingencias

“¿Ser pobre? Yo no me considero pobre, porque nunca fuimos pobres. Nosotros nunca fuimos de tener nada. Pobre es quien no tiene para comer, que no tiene cultura, que no tiene estudio, no

sabe hablar (...) Hemos sufrido mucho con mi madre. Muchas veces la vi llorar, mi padre también sufrió mucho” (Daniel, 2012).

Distante de la parada del colectivo 17, la calle Salcedo donde se ubica la casa de Daniel aparece en su ordinaria cotidianidad del barrio Santa María.

En su profundidad, y manteniendo una distancia de aproximadamente seis cuabras, se revela el terreno familiar Del Valle Díaz de herencia paterna, en el cual emergen cuatro viviendas con dimensiones espaciales diversas, dispuestas en un mismo terreno subdividido. La primera de éstas, situada a mano izquierda, es una casa de material con un medidor de luz y con dos habitaciones que se encuentran separadas por un biombo, una sala y una cocina. En ella viven Norma, “madrina-madre” de Daniel, Matías, su esposo y “padrino-padre” de Daniel, Gabriel y Yohana, hijos del hermano del padre y su esposa, a quienes Daniel denomina “hermanos”, y las dos hijas de Yohana. En este primer escenario doméstico de aproximadamente 25 metros de largo por 9,17 de ancho conviven tres generaciones. Cada una de ellas con espacios personalizados: Norma y Agustina habitan la primera pieza, Maxi duerme en la segunda, mientras que el padre duerme en el comedor.

Daniel, por su parte, habita la casa del fondo-o cuarta casa-; aquella que, en cierto orden espacial, le sigue a la del perro de “la prima Aldana”. Cuando llegué a conocerlo por primera vez él estaba en su vivienda, un mono-ambiente de 8,66 por 25 metros de largo que, para ese entonces, no tenía piso de asfalto, tenía una única conexión de luz, una cocineta, una mesa y una cama de dos plazas, en cuya parte superior se encontraba una repisa con una escultura en cerámica de San Expedito con una capa roja y vestido negro. A manera de altar, ésta estaba adornada con flores y en todo su centro sostenía la imagen fotográfica de Christian, su hermano menor que, a pesar de haber sido separado de Daniel cuando tenía cinco años a causa de la muerte de Alicia, su madre, vivió a cinco cuabras de

su vivienda hasta que falleció a la edad de veintitrés, como consecuencia de una riña cajera en una de las esquinas de la calle Salcedo.

A partir del momento en que cumplió la mayoría de edad, Daniel ha venido transformando, remodelando y construyendo su locación, pues, “antes ni existía (...) era el lugar de la basura de material de construcción de las otras (viviendas) y no tenía ningún tipo de servicios (...) además yo vivía con mi madre, te imaginás como”.

Actualmente, y desde hace dos años, vive con Sandro: un joven adulto de 29 años, proveniente de Avellaneda, con quien decidió vivir “con la esperanza de no estar solo y de compartir la vida con alguien”. Según relata de manera sonriente, el hecho de que ambos estén juntos ha servido para que ambas vidas “se valoricen” en relación con sus proyectos de vida, es decir “estudiar y trabajar”. La consolidación de este camino, desde su propia lógica, le ha brindado la posibilidad de “entrar en sociedad” y “relacionarte con la gente y capacitarte”. El significado de esta posibilidad se trasluce en el impulso para continuar hacia adelante, en miras hacia un futuro, en el cual la libertad de pensamiento, la familia, la humildad y el trabajo se articulan como los ejes de la felicidad.

“Felicidad es un valor... es algo que me impulsa seguir adelante laburando y estudiando, para tener libertad de pensamiento, porque el pasado ya está, ya fue”-sostiene nuestro colaborador Daniel. Y aclara: “Yo valoro mucho la familia, yo no dejaría de laburar ni de estudiar (¡y bueno ya a voy a terminar el secundario!-sonrisas-) ni tampoco de ser humilde, porque eso me da libertad para el futuro”.

La referencia que hace hacia su pasado como un tiempo que “ya fue” halla su significación en los recorridos autobiográficos que han construido su subjetividad como actor y su vida social. Estando en sintonía con Carmen Leccardi (2002), estos recorridos configuran trayectorias de construcción biográfica, ligadas a modos de representar y vivir el tiempo de la experiencia. La presentación que él mismo realiza, una vez se inició la

primera entrevista etnográfica a pocos días de llegada la primavera del 2012, sintetiza lo anterior:

“Mi nombre es Daniel, vivo en la zona de Lanús con mis padres y cinco hermanos y mi abuela, y voy a contar un poco de mi historia de vida {silencio} ... lo malo, lo bueno después vino. Me gustaría empezar desde el principio: y lo malo, entendés. Lo malo, eh bueno, desde que yo me acuerdo, la muerte de mi verdadera madre Alicia. Mi madre se llamaba Alicia, mi padre Daniel, mi hermano {silencio} ... Martín ... somos cuatro hermanos, yo tenía tres, Christian de dos y Daniela de 8 meses. Nosotros en la muerte de mi madre vivíamos en Lanús Este. Ella murió de una enfermedad, de tuberculosis. Ella era empleada doméstica en una casa {silencio} ... Mi papá trabajaba en el puerto {silencio} ... Y mi vieja murió de una enfermedad, de tuberculosis {silencio}... Después de que la enterraron a mi vieja nos fueron repartiendo”.

El retrato que realiza acerca de su familia, muestra, por un lado, su organización social, y, por el otro, su dinámica frente a la muerte de Alicia. Mediante éste, se auto-edifica un pasado que, a nivel biográfico, lo define y está marcado por silencios, coordinados desde el cruce subjetivo entre lo afectivo y lo interpretativo. Desde el anclaje temporal, su biografía articula eventos (como la muerte maternal y el distanciamiento entre hermanos) con significados y fines específicos. Por un lado, los significados son: la muerte como causa de separación, y, por lo tanto abandono y rechazo paterno, y, la crianza por parte de parientes cercanos como salida del abandono y fuente de valores como la felicidad. Por el otro, los fines se entrelazan con el “para no vernos más” del padre y la decisión de Norma de criar a Daniel, dándole a conocer un espectro de valores como el estudio y el trabajo, sostenidos por la felicidad.

La definición que le asigna a la felicidad como valor, trasluce la idea expresada por nuestro colaborador en una entrevista sucesiva, que valor es “como algo que te permite actuar”; esto es una acción que, en cuanto tal, se significa en el trabajo y el estudio, pues

son ambos elementos aquellos que “te permiten progresar”, siendo “el progreso” asociado con la no conformidad” y al “tener cultura”. Esta “no conformidad” es significada como la disposición básica para el trabajo y, así, “salir de la pobreza”. Aclara nuestro informante:

“Si tenés manos y pies podés salir de la pobreza, sino es que sos medio cómodo. Los pobres están acomodados y conformes y no tienen ganas de trabajar, no tienen cultura; (...) ser pobre es no progresar. Es pobre porque quiere, porque se puede salir de la pobreza; la pobreza está en cada persona. Fijáte en la clase media: tratan de progresar con trabajo y estudio, tienen cultura, porque se educadan”.

A la par de este enunciado Daniel asume una postura frente a la clase media que, en sus propias palabras, es aquella que progresa, gracias a sus disposiciones a actuar en materia de trabajo y estudio. Esta disposición los hace “poseores” de cultura. La marca de clase entre ellos (los “que progresan” o “clase media”), los otros (los “acomodados” o “pobres”) y nosotros (los “no-conformes”) no solamente apunta a detallar una figuración social concreta (en el sentido de Norbert Elias) que se configura con base en una escala de construcción de la alteridad, sino que también concierne a un “sentido de moralidad” específico (Howell 1997); es decir a: “valores que se adaptan y reforman continuamente a través de prácticas y elecciones que a la vez informan y modelan las prácticas” (Howell 1997:5).

Frente a esta disposición, otros jóvenes del barrio Santa María han experimentado diferentes maneras de estar y hacer en la ciudad con relación a la actividad económica que han venido desempeñando desde su infancia.

Ya Vanesa, una joven madre de 29 años de edad que habitaba una vivienda de la calle Víctor Hugo, contaba que:

“Yo desde los doce a los veinticuatro años trabajé con mi abuela en Colina, un negocio. Entonces yo iba a la mañana y ayudaba en el

kiosco: era muy amplio; tenía heladería. Yo atendía, era la segunda mano de ella. Y lo hacía porque mi mamá se enfermaba mucho. Trabajaba a las nueve, a veces a las once de compras por mayorista...Empecé a trabajar simplemente porque mi abuela estaba sola y yo fui muy pegada a mi abuela. Fui la preferida, entonces ella me llevaba al negocio. Me hizo muy independiente ella. Me gustaba trabajar, bonito fue todo porque estaba con ella...fue mi compañera...”.

A esto se le suma el relato de Sandro:

*“¿Sabés? Cuando yo era chico laburé. Y todo se debió a que mi padre no quiso ayudar a nada en las cosas de la casa, y bueno yo como era el mayor, y no me gustaba ver a mi madre mal, salí a recorrer las calles del barrio. No lo hacía solo, lo hacía primero con mi madre y después en la feria. Allí colaboraba sumando basura y tapitas para que me dieran algo de dinero, y...no mucho, pero bueno me servía porque así le daba a mamá que ya había empezado con su trabajo de lectura de cartas y eso que, por más de una vez, nos salvó de la calle. Yo no quería que mi hermana laburara, porque debía ser yo quien, ella no.
...Yo no tuve la misma historia que Daniel, tuve un padre y una madre y unos hermanos... pero mi viejo nunca hizo nada por nosotros. A mí, de pibe y como a los diez años, me daba miedo salir a la calle, pero sabía que si no lo hacía no comíamos. Y me daba alegría que mi vieja se pusiera feliz. Ahora yo no quiero ver a mi padre, y si algo quiero es que mis sobrinos no vivan lo mismo que yo.*

En la misma entrevista, Vanesa y Sandro aclaraban, “cargándose” el uno al otro:

*“V: Y bueno Sandro yo por lo menos ganaba de 25 a 45 pesos por día. No mucho, pero ganaba. ¿Y vos?
S: Que sé yo, tapitas ganaba nada más, a lo sumo 20 pesos en la feria, al día”.*

Desde el relato de las maneras en incursionaron en el mundo laboral tempranamente, plasman y enuncian la idea de *ayuda en* referencia al trabajo y viceversa. Si bien la investigadora Débora Gorbán (2012) nos recuerda la necesidad de recuperar la distinción nativa entre *ayuda y trabajo*, es preciso aclarar, en ambos casos, que los dos términos mantienen una relación directa tanto con la cotidianidad de las familias, como la figura femenina, sea ésta de una o dos generaciones anteriores.

Tal como sucede con Daniel, la recurrencia al primer término alude a las obligaciones morales hacia las madres/abuelas que los hijos comparten y constatan como hecho para salir de la casa y cumplir con las tareas del hogar, en perímetros barriales o incluso en lejanías como la Capital. Esta obligación de retribuir un presente a las madres mediante la propia fuerza de trabajo (como se expuso en apartados anteriores), puede ser descrita desde las dos ópticas juveniles. Si bien, sus trayectorias y contextos de origen son distintos, la razón para efectuar tareas por fuera del hogar se adscribe tanto a afectividades personales (del tipo “...empecé a trabajar simplemente porque mi abuela estaba sola y yo fui muy pegada a mi abuela”) como a motivaciones económicas, impulsadas por el deseo y la expectativa de satisfacer una necesidad básica, y, así, evitar la carencia.

Tal como lo comenta Sandro, en esa tarde en que hacía una entrevista grupal a ambos, la calle se transforma en el espacio de trabajo predilecto, siendo éste un escenario público que, si bien no es carente de generar ciertos miedos, les permite adquirir responsabilidades y obligaciones, con respecto a su lugar generacional como hijos.

Sea por afecto, sea por no entrar en estado de carencia, *salir a la calle* les permite ser proveedores, a su vez que, “adquirir independencia” y, como lo sostuvo Daniel, “explorar” el mundo. El ser proveedor es una garantía de que a su madre y hermanos no les falta nada. Así, ellos adquieren responsabilidades de manutención familiar, sea por desaventuras en términos de salud o por ausencia del padre, en cuanto garante del aporte económico.

} Como complemento del análisis de la trayectoria Daniel, ambos testimonios traen a colación más datos empíricos que sostendrían los dos grandes puntos de este capítulo: el *trabajo*, desde épocas tempranas de vida, como articulador de formas de sociabilidad familiar específicas y, la *ayuda* y el *trabajo* como categorías morales que, al estar

sustentadas en las dinámicas del don, el valor y la circulación de la propia fuerza de trabajo como mercancía, dan cuenta del lugar generacional que ocuparon y ocupan estos jóvenes en los procesos de figuración familiar, en relación con las generaciones de sus padres y abuelos, desde niños.

Cabe aclarar que, como se ha mostrado, más que solamente “destacar el peso de la familia en tanto organizador y dador de sentido de otros valores significativos para el grupo” (Gorbán 2012), como arguye Débora Gorbán (2012), ambos aspectos no dejan de estar asociados a conflictividades, tensiones y disputas que, como se analizará a profundidad en los capítulos sucesivos, enlazan lo privado/íntimo con lo público, lo micro-contextual con lo estructural y los tres tiempos trabajados en el transcurso de este estudio.

Salir a la feria para colaborar con la recolección de basura puede ser interpretada desde la lógica del proveedor presentada por Kessler (2002). Explica que: “La diferencia entre una lógica de trabajador y una de provisión se ubica en la fuente de legitimidad de los recursos obtenidos (...) En la lógica de la provisión, la legitimidad ya no se encuentra en el origen del dinero, sino en su utilización para satisfacer necesidades (2002:144)”.

De esto se inferiría que para ambos actores, el trabajo se transforma en un recurso más para recaudar ingresos, lo cuales se hacen necesarios, en la medida en que existe un “padecimiento” íntimo. Si bien es cierto que, el salir a trabajar con un familiar o con extraños, pudo generar en nuestros actores emocionalidades diversas, es cierto también que propició satisfacción. Esto a pesar de que las circulaciones monetarias contuvieran un valor reducido, en términos de su cantidad en dinero.

II.

Prácticas y elecciones en contexto familiar

¿Cuáles serían las prácticas y elecciones que orientarían a Daniel a adoptar los valores detallados? Conforme a la propuesta de D. Parkin en *The Anthropology of Evil* (1985), es posible pensar a la moralidad como soporte de las relaciones sociales que se llevan a cabo entre grupos y personas. Lejos de ser un campo de predisposiciones culturales (cf. Howell 1997), la manera cómo sus contenidos son comprendidos en los contextos de la experiencia humana están mediados por diferentes significados (Edel y Edel 1959). Estos significados están contextualmente determinados y pueden ser explícitos como implícitos. Dado que existen diversas formas en las que la moralidad puede vincularse con la conducta, su contenido- el “mensaje moral”- puede estar arraigado en representaciones simbólicas, metáforas y narrativas (Melhuus 1997). De esta manera, cabría argumentar que las prácticas y elecciones que configuran el sentido de moralidad de Daniel se fundamentan, por un lado, en sus formas cotidianas de construir lazos sociales tanto en contextos privados como públicos (cf. Jacobson-Widding 1997) y, por el otro, en los contenidos y significados que detonan, tanto a nivel de la representación simbólica, como a nivel metafórico y narrativo.

En concreto, este argumento puede desplegarse de la comparación entre los significados atribuidos al trabajo, el sufrimiento (vinculado específicamente al padecimiento de necesidades fundamentales como el abrigo y la alimentación) y el “conformismo” arraigado de la generación de sus padres.

Relataba Daniel a inicios del verano de 2012, con respecto a sus hermanos:

“...Yo le digo a mis hermanos que traten de estudiar y pues bueno trabajen y se dediquen a lo que ellos quieran para que el día de

mañana no les falte nada. Más que nada cuando tengan hijos, como yo ahora que tengo a Pilar, de cuatro. Si a nosotros de chicos nos faltó comida, ropa. Y como te digo eso no nos puede pasar de nuevo. Como que eso fue el pasado. Yo les hablo... Ellos no están sufriendo porque se conforman con lo que tienen...”

A lo que añadía con respecto a sus padres:

“Capaz que Norma, mi mamá, es medio conformista y mi papá no piensa en comprar una tele, una heladera. Él piensa más en comer y no en otra cosa. Y mi mamá si le dan una heladera usada la usa igual. No es que junte para comprarse una nueva. De ropa usa sólo yogui. Se queda con lo que le dan; es conformista...”

Ambas declaraciones recuperan los sentidos morales, relacionados con la familia, que están marcados por elecciones y prácticas. Por un lado, las elecciones se encuentran dentro de las *estrategias ante las carencias futuras* que nuestro relator dice plantearles a sus hermanos. Como estrategias sitúa el estudiar y el trabajar. Si bien no detalla ni el tipo de trabajo, ni la formalidad de los estudios, es enfático en señalar que ambas son las vías para no padecer las necesidades que él se vio obligado a vivir. Ambas estrategias configurarían un espacio social que, tal como nos enseña Katherine Newman (1999) para el caso del trabajo de jóvenes pobres, se configura a partir de un tipo de moralidad, concerniente no sólo a las percepciones sino también a impulsos morales, valores y aspiraciones.

Es claro que la búsqueda por no vivir lo que fue su pasado en el presente, conduce a Daniel a percibir en el trabajo tanto una salida garante de la no conformidad (que, como se detalla en el segundo relato, remitiría a la representación simbólica de la no carencia y, por ende, aspiración/expectativa social), como una garantía para “tener más”, dado que éste permite ofrecer/dar la propia fuerza de trabajo (o “capacidades”) como mano de obra para tal fin.

Ambos aspectos se encuentran en contra de prácticas que, en especial, su madre ejecuta; es decir el “conformismo”, o la ausencia de trabajo.

De acuerdo con nuestro informante, esta práctica se caracteriza por “vivir del recibir” y, de cierta manera, de lo que se le asigna a la madre, sin que ella procure “juntar para conseguirse (algo) nuevo”. El conformismo se plasma así como la representación simbólica del padecimiento de la necesidad que, metafóricamente se trasluce en la carencia y que, según cuenta Daniel, tiene su evidencia en el uso del “yogui” como exclusiva forma de vestir. Considerar que “pobreza es conformidad” evoca, a su vez, la falta de disposición y disponibilidad al trabajo; lo cual, en el caso de la madre, se pone de manifiesto. Esta consideración permite reflexionar en la pobreza como un conjunto de prácticas y representaciones que han de tener lugar dentro de relaciones de dominación, a su vez, que en una *moralidad de la pobreza*, en la cual las relaciones de poder definen moralmente al otro y su relación con el espacio, tal como lo sostiene Norbert Elias, en “Ensayo teórico sobre los establecidos y marginados” (1998).

En la esfera de lo privado, la tríada moral *conformidad-no-conformidad-trabajo* señala, de tal forma, una disputa y tensión entre dos generaciones, cuya base se sitúa en la posición generacional que ambas mantienen frente al trabajo. Etnográficamente, este punto se vislumbra en la siguiente conversación cotidiana que dos jóvenes tuvieron un “domingo de pastas caseras y mate” (invitaciones quincenales que ambos celebraban los domingos, para hacerme partícipe de “los sabores típicos de la zona”) mientras uno de ellos preparaba la harina y el otro lavaba los tomates:

D: *“Vite ché, la Yohana dijo que mi mamá está agradecida por lo de la garrafa. Dijo que ya no tenían gas y que eso la ponía mal, pero al dársela se puso bien. ¿Sabés? Me gustaría que me lo demostrara.*

S: *Y si, te entiendo. Decíselo a ella.*

D: *No, lo que pasa negro es que cuando ellos están mal, no piden, pero siempre soy yo el que ayuda con la garrafa.*

S: *Pero, bueno es tu madre.*

D: *Si, pero {aumento tono de voz a manera de grito leve, demostrando cierta rabia} ellos se acostumbraron a que yo esté ayudando siempre, por lo del laburo y eso. Yo siempre pensé en mi familia. ¡Ya está, ahora soy yo y yo!*

S: *Y si, fijáte así podemos ahorrar para la compu y la tele.*

D: *Es más, siempre ha sido así: mi mamá conformista. Sabés, mi mamá cobra la AUH y sabe que como cobra diez no cobra más. Es conformista y no sale a buscar trabajo.*

J: *Y, ¿por qué crees tú que eso se genera?*

D: *¿Eh?... qué sé yo. Como que ella, la presidenta, genera gente como mi madre. En cuanto les da comodidad con esa plata. Gente conformista: se conforman con lo que Cristina les da...a los pesos por cada hijo y viven de eso y ni siquiera trabajan y se la llevan de arriba”.*

Esta conversación es ilustrativa en cuanto da a conocer las atribuciones valorativas y de sentido que nuestro colaborador le asigna a la posición de la madre con respecto a su práctica del “vivir del recibir” con conformidad, como se podría definir. Ante ésta no sólo manifiesta cierta emocionalidad caracterizada por el recelo y malestar, sino que también deja en claro su perspectiva frente al rol que ha jugado la Asignación Universal por Hijo a nivel familiar.

Si bien éste último no ha permitido que nuestro informante deje de lado la “ayuda” a su madre con miras a que ella mejore la calidad de vida a través de la provisión de “una garrafa” de gas, por ejemplo, la significación que desprende sustentaría aquello que, en uno de los capítulos finales de *La civilización de los padres y otros ensayos* (1998), Norbert Elias da a conocer como lo decisivo en el proceso civilizatorio de la figuración padres-hijos; es decir la determinación de la función tienen los segundos para los primeros y viceversa.

A este respecto, cabría pensar la “conformidad” de la madre hacia la AUH como una forma de *reciprocidad negativa* (Sahlins 1975) constitutiva de la clase de intercambio que se pone de manifiesto entre la madre y el Estado argentino contemporáneo.

El objetivo de la Asignación Universal por Hijo para la Protección Social (AUH) fue, desde su origen mediante Decreto P.E.N 1602/09, claro, es decir ser una política social, cuyo fin se orientara a “equiparar el ingreso a aquellos niños cuyos padres no estuvieran incorporados al mercado laboral formal, y que por esta razón, no recibieran la asignación por hijo estipulada en el régimen contributivo de las asignaciones familiares” (Nota Técnica 23, Ministerio de Economía y Finanzas Públicas, República Argentina, 2009). Sin embargo, esta forma de asignación es concebida y utilizada por la madre como un intento por obtener un bien económico a cambio de “nada”, o mejor, disfrutando de su impunidad maternal, a costa de sus hijo menores de edad.

Frente a este panorama, ¿cómo comprender y caracterizar los lazos de estrecha intimidad que conforman la relación madre e hijo?

Para dar respuesta a esta cuestión, es pertinente traer a colación la idea presentada por Isla (2006), según la cual la familia configura un *lugar de ambigüedades* entre los conflictos (es decir “las expresiones de formas simbólicas de violencia” (Isla 2006: 112)) y la armonía (o formas específicas de (re)producción del orden social), además, de que se establece como un *lugar de confluencia* de las representaciones de lo público y lo privado. Desde esta óptica, “la familia no se puede pensar sólo como lugar de la “reproducción social” sino, y al mismo tiempo, como no reproducción, como posible lugar de litigios y violencia internos, de resistencia y contestación al orden social” (Isla 2006:112). Por lo cual, la familia puede ser pensada tanto como *ideal*-es decir como núcleo de valores- como *de hecho*-en términos de las prácticas que la constituyen.

Si bien, en pleno siglo XX, ambos aspectos se han modificado con respecto a la edad temprana de la modernidad europea, éstos han mantenido como constante la distribución igualitaria o desigual de poder entre sus miembros. Un caso al respecto se puede constatar en el curso del proceso civilizatorio que, desde tiempos pasados hasta el presente, ha caracterizado a las relaciones padre-hijo como relaciones de dominación centradas en la obediencia, o mejor, en objeto de prescripciones normativas (Elias 1998).

Estas prescripciones no sólo tienen un componente generacional sino también de género que producen y definen entre los actores, de manera consciente o no consciente, campos de simbolización e identificación relacionados con tres aspectos: *expresiones de poder, formas de autoridad y jerarquía y sentidos de moralidad* (Isla 2006).

En el caso de nuestra empiria, estos campos de simbolización remiten – y son valorados desde la perspectiva nativa- a las nociones de “respeto”, “fidelidad”, “orden” y “solidaridad-ayuda” relevantes para definir tanto *puentes de significado* entre lo íntimo-familiar y lo público como el posicionamiento moral entre generaciones de padres y e hijos.

III. Funciones y reciprocidades en la intimidad familiar

Retomando a Elias (1998) cabría plantearse: ¿cuál es la función que uno de los jóvenes tiene para su madre y viceversa? Tal como se desglosa de los datos empíricos, la función de este hijo para su madre se sustenta en la idea de “ayuda” significada en forma de “provisión económica”. De manera paralela, la función de esta madre para su hijo se significa en la crianza que, según relata, inició cuando nuestro colaborador tenía ocho meses de nacido. En una de las conversaciones con mate que sostuvimos en el comedor de la casa de la abuela de uno de los jóvenes, afirmaba:

“Yo lo crié porque la mamá trabajaba. Lo tenía primero la abuela, pero la abuela no lo tenía bien, entonces la mamá me habló a mí para que yo lo podía tener mientras ella trabajaba por hora. ¡Ese fue el mayor regalo que le pude dar a Vane!”.

La asociación de la crianza como “mayor regalo”, sitúa la devolución del presente que uno de los jóvenes entrevistados le hace por medio de la “ayuda” que, como se precisará en el capítulo tercero, le procuró dar aún incurriendo en labores u oficios, desde niño. Ambos términos nativos, “mayor regalo” y “ayuda”, articulan así la base de una forma de reciprocidad que se establece en el núcleo de la familia y que, por ende, resulta constitutivo de la relación familiar madre-hijo. Tanto la “ayuda” como “el mayor regalo” conforman una red de intercambio de favores que se da en el contexto de una relación social, caracterizada por la consolidación de lazos de confianza: el contexto familiar. Esta confianza está dada por la condición en la que ambos contrayentes de la relación se encuentran, es decir la igualdad de carencia (Lomnitz 1975).

Para nuestro caso, esta condición de igualdad se sustenta en las funciones de intercambio recíproco que ambos actores ejercen- a decir “ayudar a la madre” y la criar-, y se articulan así en una red entre parientes que, siguiendo a Larissa A. Lomnitz (1975), podría pensarse como la representación del “mecanismo específico de seguridad económica y social de los marginados” (Lomnitz 1975:26). Este mecanismo es posibilitado en cuanto a que la necesidad de llevar a cabo ambas funciones se da en la medida en que éstas proveen de un bien dentro de la unidad doméstica, dentro de la cual se realiza.

Ya el análisis realizado por Nathalie Puech en uno de los capítulos de la sección “Dinámicas barriales” del libro editado por Alejandro Isla y Daniel Pedro Míguez *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los Noventa* (2003), es ilustrativo en mostrar cómo las formas más fuertes de reciprocidad en la villa de la década

de los 90 del siglo XX, se establecían en el seno del grupo familiar y con los vecinos. Dentro de este contexto, y a pesar de la crisis que afectó susodicha década, estas formas de establecer lazos sociales existían como normas y valores reconocidos, en la práctica, para un sector determinado.

Dentro del contexto familiar trazado, la reciprocidad se sostiene tanto por la cercanía física como por la confianza que se da entre ambas partes contrayentes de la relación social, con el fin de cumplir, voluntariamente, con las obligaciones implícitas en dicha relación.

¿Qué se retribuye con la “ayuda”? En concreto, esto se vislumbra a partir de cómo uno de nuestros informantes, como joven que trabajó desde los nueve años, en plena década de los 90 del siglo XX, presenta a su madre como una mujer que, desde los ocho años de edad, trabajó:

“Mi mamá a veces trabajaba en fábricas de estampillados de billetes. Como prefería trabajar y... el estudio lo dejó porque no le gustaba ir a la escuela y además mis abuelos la mandaron a trabajar para que ayudaran en los temas de la casa. Mi mamá trabajó para mantenerse desde chica, en fábrica de juguetes; también era empleada doméstica en casa de familia, para sostener a su madre enferma psiquiátrica: planchaba, limpiaba. También laboraba con mi abuelo como ayudante de albañil, pintando, con ladrillos y eso”.

Asimismo, cuenta que:

“El trabajo desde muy pibe me negó la posibilidad de ser niño, jugar. Trabajar en un niño te ayuda a crecer, ser más vivo, inteligente...un niño debe estar jugando y estudiar: un niño no trabaja... El trabajo me permitió vivir y explorar el mundo, que a través del juego no hubiera explorado. Con el trabajo exploré el mundo, aprendí a cobrar y tener plata para ayudar en casa.

Que yo trabajara como pibe lo veo mal, pero así ayudaba a sostener el hogar que mi padre no daba porque era alcohólico. Eso tiene la culpa mis padres que me criaron. Si, el trabajo me enseñó a comprarme cosas, y a formarme experimentando. Pero, ¿si mi madre trabajo y yo porqué también?”

Desde ambos relatos, se podría lanzar a manera de hipótesis que aquello que se obliga a devolver con “la ayuda” es fuerza de trabajo: una constante que, a raíz de la perspectiva de Mannheim (1928) y Abrams (1928), puede ser pensada desde la noción de generación como problema sociológico (cf. capítulo 2). Particularmente ilustrativo resulta ser el hecho de que tanto Daniel como Norma, su madre, trabajaran desde niños siendo o bien proveedores de fuerza de trabajo para la generación mayor, o bien sostenedores de recursos como consecuencia del desfortunio de la generación anterior (tal como lo señal uno de los jóvenes al hablar de las motivaciones hacia el trabajo). Cabe aclarar que ambas posiciones de generaciones menores hacia las mayores, asociadas al mundo laboral, sostuvieron al trabajo como un articulador de la sociabilidad generacional a nivel familiar, en la cual se producían lazos sociales íntimos. Este punto se desarrollará en profundidad a lo largo de los capítulos sucesivos.

A este respecto, no se pone en duda la alegría con la cual una de las madres de los jóvenes contaba, una mañana del mes de enero de 2013, que:

“Uno de los mayores recuerdos que tenía de y con su padre era cuando me llevaba como ayudante de albañil, porque ahí sí aprendía el valor del trabajo... Y las ganas de poner ladrillos que me daban, o de hacer las mezclas para levantar una pared... Y fíjate acá en casa aún no se ha levantado toda”. Al preguntarle acerca de aquello que ella entendía por valor del trabajo, respondió: “Y estar con mi padre protegida, aprender de él, y no en casa con mi mamá que me tiró hasta un jabón en la espalda cuando yo era chica”.

Esta idea de “valor del trabajo” evoca aquello que Elias (1998) arguye acerca de la familia, en cuanto lugar social confiable y de anclaje emocional. Las atribuciones de sentido de familia (visibilizada en la relación padre- hija) y trabajo que trasluce Norma

expresan al valor del intercambio que *el estar allí con el padre* y el *hacer parte de sus actividades laborales* le produce.

Si se toma como marco interpretativo la propuesta que realiza Graeber (2001) en el capítulo final de su obra para reflexionar acerca de los múltiples modos mediante los cuales los *dones* y sus valores son socializados en un orden social existente, se podría entender que el *valor* del trabajo, para los actores considerados, se da en cuanto a que las acciones que lo componen se transforman en significativas para ellos mismos, siendo éstas situadas en un todo social, real o imaginario (Graeber 2001:230). Sin duda alguna, los procesos a través de los cuales estas acciones laborales se significan, mantienen y reflejan disyuntivas, afinidades y conflictos que, para nuestro caso de estudio, se ponen de manifiesto en la articulación tensionante que constituyen a los dos relatos que retratan la relación madre-trabajo e hijo-trabajo, en épocas tempranas de vida.

¿Qué significados le atribuyen nuestros informantes al trabajo? ¿Cómo ubicar temporal y biográficamente la cadena de intercambio que significa al trabajo y construye lazos de sociabilidad familiar entre ellos y sus parientes, en el tiempo histórico estructural de los sectores populares de la Argentina de los últimos años?

Como lo explica Denis Merklen (2005), la noción de “trabajador” da cuenta de su carácter como categoría social, política y sociológica. Esto puede constatarse en la vinculación entre trabajo y pueblo en la medida en que ésta despertó un tipo de politicidad, a través de la cual toda forma de organización y acción política podría pensarse como *conquista social*, representada en forma de derechos adquiridos.

Frente a este panorama, ¿cuáles serían los significados del “laburar” para jóvenes de sectores populares, traídos en nuestro estudio?

Remitiéndonos a las experiencias de nuestros colaboradores y a sus “tiempos interiores” y “biográficos” (Leccardi 2002) es posible traer a colación, los siguientes extractos de entrevista, efectuadas a dos meses de haber iniciado el trabajo de campo:

“Con el laburo de mi madre, yo me crié bien, correcto. Educado porque no le faltó el respeto a nadie. Ella no me dejó abandonado. Capaz que soy medio alterado ahora con mi pareja, pero soy educado en cualquier lugar que vaya. Soy sociable, pero mis hermanos no. Ellos se quedaron en el tiempo. Son medio brutos para hablar (viste): no saben hablar, capaz cuando van a un trabajo... a veces me llaman y me dicen, me dijeron ... y ellos están necesitando un trabajo. Gracias a que mi madre laburó (poco pero laburó) cuando éramos chicos es que pude salir adelante sin necesidad de que me abandonara. Fue un ejemplo”.

“... La casa de mi mamá la levantamos a costillas de nosotros y regalos de vecinos. Él nunca pensó en la casa, él (padre) pensó en comer y en que no le faltara el vino o plata en el bolsillo para hacer por ahí cosas en los prostíbulos. Ayudamos en compras de ladrillos para poder armar la casa. Teníamos una casilla de chapa. Y como el barrio ya iba mejorando, y nosotros nos quedamos ahí. ... Y bueno nosotros ayudándola. Mi mamá tiene un lugar”.

Los dos fragmentos muestran aspectos que marcan y construyen el tiempo interior, los significados y la subjetividad de uno de los informantes en relación con el trabajo y su sociabilidad familiar. En el primero de ellos, sobresale la figuración madre-hijo (en términos de Elias) que se halla vinculada a la crianza.

En esta figuración el trabajo de la madre se ve significado en cuanto “don maternal” que se caracteriza tanto por ser un “ejemplo” como por la inculcación de pautas morales que, a juicio de uno de los actores, están vinculadas al “respeto” y a la “buena educación”. Es ilustrativa la referencia que, a nivel comparativo, hace hacia sus hermanos, aclamando que “ellos se quedaron en el tiempo” y “son medios brutos para hablar”. Ambas atribuciones señalan la condición que, como sujeto, nuestro colaborador, se encuentra en relación a su seno familiar.

En esta figuración, a su vez, se pronuncia el trabajo como el “ favor de los hijos” hacia su madre. Su especificidad está en la idea de “ayuda” para comprar “ladrillos para poder armar la casa”. Éste último se construye como un acto de devolución de una generación (la de los hijos) a otra (la de la madre), por el “don maternal” asignado. Su carácter de obligatoriedad deriva de la contraprestación que ambas partes obtienen. Este acto de reciprocidad articula y entreteje, como se ha visto, la biografía de los jóvenes.

4.

TRABAJO, EXPERIENCIAS Y SOCIABILIDADES INFANTILES

I. Marcos defnitorios

Ya el trabajo de Philippe Ariès (1962) ha caracterizado a la niñez como un producto occidental de la modernidad, sosteniendo la inexistencia, inclusive hasta la Edad Media, de la diferenciación de los niños con los adultos. Pese a las limitaciones y a las críticas que le han sido señaladas a partir de los años 1980 (Cf. Cunningham 1991), la concepción de la infancia que este autor maneja continúa siendo canónica y es un punto de referencia para comprender el desarrollo de las mentalidades al respecto a partir del Renacimiento.

Por más de que este panorama tiene su trazo centroeuropeo, no es posible negar el impacto que él mismo tuvo en la incorporación de la modernidad mundial en países como Argentina (Carli 1991) y en el contexto del sistema-mundo y la diferenciación colonial en y de América Latina (Pedraza 2004).

Szulc, retomado los planteos de Nancy Scheper-Hughes y Carolyn Sargent (1998), advierte que “en los textos etnográficos los niños aparecen del mismo modo en que hace su aparición el ganado en el clásico de Edward Evans-Pritchard, *Los Nuer*, como condición esencial de la vida cotidiana, pero mudos e incapaces de enseñarnos algo significativo acerca de la sociedad y la cultura” (2006: 30).

Al retomar a los pensadores del evolucionismo unilineal (Spencer 1882; Tylor 1870) se advierte el abordaje del universo infantil como fuente de definición de los estadios de la evolución, en los cuales el correlato de la mentalidad de los llamados pueblos primitivos estaba dado por un estado infantil de la humanidad. Así, desde la antropología

clásica, los niños fueron pensados como “primitivos” (Szulc 2006) y, por ende, “seres por fuera de la historia y de la sociedad, una totalidad homogénea, cercana al estado de naturaleza y a la esencia de lo humano”(2006:31).

Dentro de este “lugar”, el niño, al ser definido como primitivo, fue definido por carencia, ya que se tomaba como parámetro a los varones occidentales adultos. Optando por una mirada que lo contemplaba como un “otro incompleto”, lo privaba del poder de agencia y se situaba en relación subordinada del adulto.

Lévi-Strauss citaba “el pensamiento del adulto se construye alrededor de cierto número de estructuras [...] que constituyen sólo una fracción de las que se dan al comienzo, de modo aún grosero e indiferenciado, en el pensamiento del niño” (1993:134/5).

Referente a la variable cultural de la niñez la antropología cultural, especialmente el particularismo histórico y los trabajos de Mead (1930, 1993) son significativos. Las investigaciones de la antropóloga contribuyeron a instalar la posibilidad de pensar en una “pluralidad de niñeces” que sustituyó el status universal y unívoco de la misma. Su legado principal se halla en la desnaturalización de dicha categoría, encontrando en el particularismo boasiano, la posibilidad de entender a la niñez y a la adolescencia como construcciones sociales históricamente cambiante e históricamente situadas.

Si bien, según relata Szulc, “después del particularismo histórico el interés de la antropología por conocer y explicar las características de la primera etapa de vida de los individuos de cada sociedad quedó eclipsado” (2006:35), es a partir de la década de los 80 que los niños reaparecen en el campo de la antropología. El foco de la antropología cognitiva norteamericana y británica en los niños (Toren 1993), las compilaciones de Nancy Scheper-Hughes y Carolyn Sargent (1998) y las investigaciones sobre trabajo infantil en África de Karen Potter (1996) son evidencia de esto. Lo que es común a estas

publicaciones es la vinculación que ejercen entre niñez, agencia social, el contexto político-económico local y global y la cotidianidad. A pesar de que estos aportes no han consolidado una línea de investigación sistemática, ofrecen indicios para problematizar a la niñez desde una mirada crítica a nivel antropológico.

A partir de los años 90, estudios abordan antropológicamente a la niñez y, al problematizarla, buscan dar cuenta de la heterogeneidad de experiencias y representaciones en torno a “ser niño” en diversos contextos históricos y socio-culturales. Caso particularmente resulta la propuesta de Szulc que expone que “un abordaje antropológico debe tener siempre presente la historicidad de la niñez, pues las experiencias y las representaciones sociales acerca de la primera etapa de vida han estado y estarán sujetas al cambio histórico, transformándose ante nuestros ojos” (Szulc 2006:43).

Es por ello que estas posturas discrepan de quienes sugieren que la niñez está desapareciendo (Postman 1982) y abogan por las transformaciones históricas, ya que asumen que es mediante este medio que es posible hacer explícita y desnaturalizar la nociones del sentido común de infancia (Carli 1991; 1997; 2002, Cowen 2001).

Ahora bien, los estudios sociales basados en las actividades laborales de chicos, en Brasil (Rocha 1985), Costa Rica (Breves 1994), Chile (Colegio de Profesores de Chile A.G 2001), Colombia (Martínez-Guerrero 2004) y Argentina (Mastrangelo 2006, 2009; Padawer 2009; Szulc 2001) han mostrado que, por lo general, el ingreso de chicos al mundo del trabajo se realiza en edades muy tempranas y que en éste existen marcas y diferenciaciones de género establecidas.

Según Maureira (2002), los estudios del trabajo infantil deberían estar dirigidos a investigar el fenómeno desde un doble ángulo que contemple, por un lado, los efectos de la actividad laboral y, por el otro, el contexto social y económico en que tal actividad se

lleva a cabo. Esta constatación inicial refleja la complejidad en el abordaje del fenómeno, ya que “no se trata sólo de actividades que los menores realizan de manera esporádica, asociadas a la llamada economía informal sino también al trabajo que los menores realizan en empresas y talleres micro empresariales de los sectores formales de la economía” (Maureira 2002:114).

Frente a esta complejidad, en la última década del siglo XX, el Estado argentino ratificaba una serie de documentos jurídicos y normativos sobre los derechos de la niñez y la erradicación del “trabajo infantil”.

En específico, estos documentos eran: *la Convención sobre los Derechos del Niño, ratificada por Ley Nacional 23849, Convenio N°138 de la OIT, ratificado por Ley N° 24650, Convenio N°182 de la OIT, ratificado por Ley N° 25255, la Declaración de Presidentes del Mercosur sobre Erradicación del Trabajo Infantil, Ley Nacional N° 26390, De la Prohibición del Trabajo Infantil y la Protección del Trabajo Adolescente, la Ley de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes*, entre otras. Dentro de este marco, a su vez, se sumaba años más tarde el *Plan Nacional para la Prevención y Erradicación del Trabajo Infantil y protección del Trabajo Adolescente (2011-2015)*) y los *Documentos del Grupo de trabajo Derechos del Niño*, de la Sociedad Argentina de Pediatría.

Un elemento en común era la posición homogenizante que mantenían frente a la niñez y adolescencia trabajadora. De acuerdo con Valeria Llobet (2011), estos documentos propendían por sostener un enfoque de derechos de y sobre la infancia, visualizada a partir del Nuevo Paradigma de la Protección, unívoco y deseable, pero disyuntor del “Paradigma Tutelar”, según el cual la condición de ‘menor’ estaba condicionada a la del adulto y, por

ende, a un control simbólico y jurídico, en el cual el disciplinamiento de los cuerpos era determinante.

La visibilización de la situación social de la infancia y adolescencia que promulgaban estas instancias, como señalan oportunamente Fonseca y Cardello (2005), dio lugar a la conformación de un frente discursivo, articulador de diversos actores y posiciones.

En la historia nacional, a partir de los noventas, este frente se estableció como hegemónico en todo abordaje problemático hacia la niñez, ya que, tal como lo relata Llobet (2011), permitió refundar la condición de niño en el mundo neoliberal, dotándolo de un estatuto privilegiado como sujeto de derechos.

Siendo esto así, los discursos médico-pediátricos y los marcos intervencionistas del trabajador social argentino actual manifestaron su adherencia a “las políticas abolicionistas” para la Erradicación del Trabajo Infantil (CONAETI) y, considerando los factores de riesgo en salud del trabajo infantil, promovieron programas de prevención y promoción de eliminación de dicha forma de trabajo (cf. Aparicio, Campos, Cardelli et al. 2007). Si bien estos programas mantuvieron un enfoque médico occidental, estos no se alejaron de considerar la niñez como garantía jurídica y política, prevista dentro de los marcos definitorios de organismos internacionales como UNICEF.

A pesar de ello, en las dos últimas décadas, en el área del Conurbano Bonaerense, el trabajo de niños/as ha sido una práctica social extendida a diversos ámbitos. Según datos de la “Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes (EANNA)” (2004), en esta región la participación laboral de varones y mujeres entre 5 y 13 años alcanzó el 6.4% para dicho año, siendo la diferenciación de género una de las principales determinantes en

dichas labores. Si bien las labores que los menores ejercían variaban, las “tareas domésticas intensas” y las actividades productivas para el autoconsumo eran las más difundidas.

En efecto, en la mayoría de los municipios que conforman esta micro-región, la magnitud de las actividades que han constituido al “trabajo infantil” ha estado dada por labores predominantes que oscilan entre la “ayuda” a un negocio familiar, oficina o taller y la recolección de papeles, cartones y otros desechos hasta la venta en la vía pública, la realización de mandados y el cuidado de niños, personas mayores o enfermos (Correa, Pittari et al., 2011).

Como aspecto distintivo, sobresale el porcentaje de niños/as que, por un lado, han tenido alguna experiencia laboral en su temprana edad (13,5%) y, por el otro, han trabajado junto a sus padres u otros familiares en situación de ayuda (50%). Estos datos, al ser reportados por Correa, Pittari et al. (2011), revelan el estado social del fenómeno y muestran su relevancia a nivel nacional, ya que da cuenta de su alcance en relación con un panorama argentino que releva el grado de difusión del trabajo infantil en sentido estricto a un alcance del 6,5% en población no adolescente y a un 20,1% en población adolescente.

Si bien, como se ha venido mostrando, el Estado nacional argentino ha avanzado significativamente en materia jurídica sobre la cuestión, existen ciertas limitantes en los estudios de deuda social sobre la infancia (Cf. Boletín del Barómetro de la Deuda Social de la Infancia N°1 y 2, 2012) que recalcan, casi que exclusivamente, a las “inserciones precarias laborales”, la pobreza, las “características de los hogares” (como “bajo clima educativo”) y a “la cultura” como los factores determinantes del “trabajo infantil”, desconociendo la configuración y dinámica de las relaciones sociales, las tensiones entre ‘nuevas’ y ‘viejas’ formas de autoridad, sentidos morales, trayectorias de vida y la corporalidad.

Ya desde la época menemista, en un informe especial sobre el debate educativo reportado por el diario *Página 12* en el año 1994, se presentaban las declaraciones de Mario Trachtenberg, funcionario de la OIT, que dictaminaban lo siguiente:

“En Argentina hay más de 200 mil chicos que trabajan, y estamos hablando incluso de menores entre 10 y 14 años. Además de los que abren las puertas de los taxis, hay pequeños albañiles, varones que ayudan en pequeños talleres, mujeres en la producción de alimentos y vendedores ambulantes. Son casos clandestinos porque resultan contrarios a una prohibición expresa por parte de la Ley de Contrato de Trabajo”
(Diario *Página 12*, 05/02/1994).

Ambas informaciones ponen en común el escenario político en el que se movía el ámbito del trabajo en la última década del siglo XX. Por un lado, la declaración del funcionario de la OIT devela la cifra de niños que trabajan en un país que no ofrece, ni estaría dispuesto a garantizar, prosperidad laboral a sus habitantes, tal como lo presentaron Ruby & Paz en P1994.

Siendo consistentes con la idea de Correa et al. (2011), según la cual “el aumento del trabajo infantil en la Argentina se enmarca en la grave situación económica y social que enfrentó el país a partir del 2001” (2011:29), se podría pensar que este tipo de trabajo, a lo largo de la década, ha estado vinculado a un mercado de trabajo informal y de autoconsumo familiar específico.

Este último punto es revelador, ya que puntúa la presencia del trabajo infantil y adolescente como un hecho social que, tal como lo precisan Susana Aparicio y María Eugenia Aguilera (2010), enmarca la experiencia cotidiana de dichos sujetos sociales en unas urbes, caracterizadas por “la fuerte imbricación entre la unidad doméstica y la unidad productiva”(2010:2) y la *naturalización* de las labores infantiles y adolescentes dentro de la unidad familiar.

Esta asumida naturalización de la unidad productiva-doméstica ha llevado a verse como problemática, más aun cuando la lógica cultural que subyace implica, en muchos casos, que niños, niñas y adolescentes “ayuden” a la familia y, de manera especial a sus padres o abuelos, llevando a cabo tareas asalariadas fuera de la unidad doméstica o no asalariadas dentro de la misma.

No obstante, los marcos legislativos nombrados no lograron a “parar” el trabajo de niños, tanto en condiciones de explotación como de no-explotación.

Cabe anotar que estos marcos de Ley en pleno auge a finales del siglo XX, no contemplaron e invisibilizaron las múltiples heterogeneidades culturales que entrelazaron no sólo al trabajo infantil, sino a la niñez misma, ya que, si una cosa es cierta, es que la niñez es una categoría polisemántica que permite plantear que los/as niños/as son sujetos sociales, cuya edad no es sólo un hecho “biológico” (y/o “natural”), sino también un status social e históricamente construido (Szulc 2006). Por lo cual, pueden asumirse como sujetos activos y posicionados que, de la misma forma que los adultos, “actúan e interpretan sus experiencias cotidianas, tales como (...) el trabajo, (...), la trayectoria de vida de sus padres y sus propio futuro” (Szulc 2006) (Cf. Szulc 2001, 2002).

Es por ello que, en este contexto nacional, las aproximaciones al “trabajo infantil” han sido diversas. Tan es así que autores como Mariela Macri (2005), Silvia Guemureman (2005), José Manuel Grima y Alicia LeFur (1999), Silvia Duschatzky (2002; 2005), Cristina Corea (2000; 2005) y Sandra Carli (2003) abordan desde la sociología, la psicología y la pedagogía las consecuencias del trabajo infantil sobre la vida de los sectores populares de la ciudad de Buenos Aires, Río Cuarto y el Gran Buenos Aires. Lo característico de estos estudios, y especialmente los pedagógicos, es que, concordando con Andrea Bárcena (1990; 1992) (para el caso de niños trabajadores mexicanos) promueven a

la escuela como la institución que debiera liderar estrategias de cambio y procesos inclusivos a favor de este tipo de niños. A esto se suman las campañas de erradicación de trabajo infantil, en la Argentina, a través de la legislación nacional vigente y diferentes programas promovidas por UNICEF, la CONAETI (creada en 2002), la Sociedad Argentina de Pediatría, la OIM (Organización Internacional para las Migraciones).

Es posible entender, entonces, al trabajo infantil como un conjunto de actividades propias de la economía informal, cuya lógica se sustenta en los procesos de reproducción de fuerza de trabajo no convencionales (o alternativas) que se adscriben a formas marginales de reproducción económica (Maureira 2002).

II. Recorridos laborales, proyectos y generación

En una de los encuentros grupales para “hablar de la infancia y el trabajo”, una joven contó que:

“Yo desde los doce a los veinticuatro trabajé con mi abuela. Trabajaba a las 9, a veces a las 11 de compras por mayorista. Teníamos un kiosco, almacén y heladería. Yo quería trabajar porque mi viejo no me dejaba porque primero los estudios, me anotaban pero repetí dos veces primer año.

La jornada era dentro de todo bastante cómoda. Como yo llegaba a la casa de mi abuela. Yo llegaba y organizaba las cosas que teníamos que hacer y salíamos a comprar a los proveedores.

Durante el día atendía y manejaba el negocio.

... Empecé a trabajar simplemente porque mi abuela estaba sola y yo fui muy pegada a mi abuela. Fui la preferida, entonces de chiquita ella me llevaba al negocio y ahí ella me ayudaba con la plata y yo le ayudaba en el negocio.

... Cuando mi hermana fue creciendo yo empecé a mi hermana para ayudar a ella. Quedaba en Avellaneda. ; el tiempo libre lo pasaba con ella en el quiosco, heladería o donde ella estuviera.

Cuando murió mi abuela no volví a trabajar de chica, hasta recién de joven , por mi y por el nene”.

Por su lado, otro relataba que:

“ Y bueno para mí este ejercicio es difícil. Te cuento que de pibe laburé por ayudar a mi madre en la feria y como recolector. Desde ese momento en más tuve bronca con mi viejo, porque no soltó desde muy pibes y fue vago. Si vago, nunca quiso ayudar a mi mamá. Si vos te fijás ahora, sigue igual; todo dejado, enfermo y viviendo en una habitación oscura con mi hermano. Yo inicié a laburar desde chico por él; pensé varias veces en irme de la casa por él, pero no era capaz de abandonar a mi madre. Ella para mí es todo”.

Y concluía otro joven que:

“ Yo más que nada me identifico con la historia de Vane. No con la de Sandro. Yo trabajé en florería, después cuando adolescente cuidando paciente en un geriátrico. A los 15 no trabajé. En la florería me pagaba plata fija: 20- 30 pesos día.

Igual disfruté siempre los trabajos. Porque sabía que estaba ayudándola a ella, mi madre. Capaz a veces me enojaba un poco porque no podía disfrutar la infancia de salir a jugar o juntar con chicos de mi edad. Quería jugar y yo tenía que trabajar, eso me daba como un poco de bronca. Como que no tuve igual mucha infancia: porque más que nada trabajaba, ayudaba a mamá. Ayudaba a mi vieja con el tema de los pañales...

... Y un día le dije yo también empiezo a ayudar porque sabía que no aportaba nada mi papá, como que me tomé responsabilidades. Era de la escuela al trabajo, sino a la casa. Mi tiempo libre de la escuela la pasaba laburando.”

Todas las tres intervenciones trazan un punto de vista complementario para pensar las experiencias, los vínculos inter-generacionales y las prácticas económicas constitutivas de los recorridos que estos jóvenes llevaron a cabo como trabajadores en su niñez. Sustentados por sentidos de moralidad específicos asociadas a la noción de “ayuda a la madre”, estos recorridos muestran la heterogeneidad, tanto a nivel subjetivo como experiencial, de las trayectorias infantiles en el mundo del trabajo. Si bien los periodos y las formas a través de las cuales se llevaron a cabo estas experiencias se enmarcan en edades biológicas similares, cabe destacar que los vínculos sociales (tanto en su presencia

como ausencia) que las circunscribieron fueron centrales en y durante el desarrollo de susodichas prácticas.

A este respecto, son de señalar las relaciones abuela-nieta e hijo-madre que fundamentan dichos vínculos, en relación con las rutinas diarias que se adscriben a cada práctica laboral. En concordancia con sus relatos, “salir a laburar” significaba que el ‘tiempo libre’ y el ‘tiempo de trabajo’ no se distinguían, y que, tal como lo relata la joven, los tiempos inter-generacionales (entre chicos y adultos) se imbricaban y alternaban en actividades conjuntas.

“Estar no ayudando a mi abuela hubiera sido algo como boludear, porque yo sabía la necesidad que ella tenía de ayudarla”. Esta frase pronunciada por Vanesa, al preguntarle sobre el significado de la no-ayuda, denota tanto ‘pérdida de tiempo’ como la falta de compromiso moral adquirido por ella, una vez tomó la decisión de incurrir en actividades laborales precisas.

Si bien para Vanesa, a diferencia de Daniel, *“laburar para mí era como un juego”*, el salir de su vivienda, e incluso de su barrio, para ayudar con los negocios, le permitía experimentar un espacio propio, la calle, cuya sensación de estar, *“me daba algo así como libertad, que sé yo”*.

Tal como lo cuenta Sandro, en el caso de la feria, *salir* a la calle simbolizaba el proceso mediante el cual era posible “hacer legítimo” un recorrido dentro de un escenario urbano que, a la vez que le generaba miedos, le generaba satisfacciones, al igual que a Daniel.

Recuerdo cuando Daniel me comentó, al son de compartir unos mates, los recorridos grupales que efectuaban con sus dos amigos de barrio, una vez se decidían salir a las calles en búsqueda de “algo que traer de las señoras ricas”; es decir de mujeres, amas de

casa de clase media del barrio “La Carne” que, al hacer sonar el timbre, generalmente, abrían las puertas de sus vivienda para ofrecerles algo; sea esto medialunas, calzado y/o ropa ya usada, leche, y “*hasta cuadernos para el estudio*”:

“Todo el laburo empezaba temprano, cuando ellos y yo nos juntábamos a los 8 de la mañana. Fijábamos puntos de encuentro y lugares a donde ir y allí íbamos al barrio La Carne. Allí nos separábamos y pedíamos a las buenas señoras que nos abrían las puertas de sus casas. Pedíamos varias cosas, que sé yo: desde medialunas, sabés, hasta leche y, pues, nos daba hasta cuadernos para el estudio. A ellas les daba bronca si uno les decía que no estaba estudiando, porque para ellas lo único que deberíamos estar haciendo a nuestra edad era ir a la escuela. Pero nos entendían, y se sonreían, después. Terminábamos a las horas de la tarde, y pues si alguno de nosotros no tenía lleno su changuito le dábamos algo para su casa. La mayoría que nos criamos en el barrio trabajamos en verdulería o albañil”.

La imagen que traslucía este recorrido permite pensar maneras de construir formas de sociabilidad específicas en la niñez de estos jóvenes, para así trazar posibles nexos entre la pobreza infantil y la lógica del trabajo. A partir de los fragmentos testimoniales traídos en este apartado y en el capítulo tercero, se puede ver la lógica de provisión que sustenta al trabajo durante y desde la niñez de los jóvenes de Santa María. Esta lógica se caracteriza por legitimar un conjunto de actividades que son económica y moralmente valoradas, en cuanto poseen el atributo de contribuir a satisfacer las necesidades íntimas de núcleo familiar y las personales. Así, la mera satisfacción de la necesidad se establece como elemento justificador para incurrir en la actividad laboral, siendo ésta articuladora de los vínculos familiares.

De acuerdo con esto, los roles de proveedores del hogar, y específicamente de y para la madre, que asumieron nuestros informantes durante su niñez dan cuenta de su función como protectores de sus progenitores. Siguiendo las investigaciones de Gabriel Kessler (2002, 2004) y Daniel Míguez (2011), este hecho social contribuiría a que “ los ciclos

vitales de estos niños y jóvenes se alejen del modelo convencional que articula la vida en la familia nuclear monógama, con un ciclo de escolarización prolongado, y con la inserción en el mercado laboral que permite una subsistencia digna” (Míguez 2011: 4).

Por más que, desde muy temprana edad, la lógica del trabajo para estos chicos sea estipulada desde la provisión y no desde la garantía de ingresos, tal como nos advierte ya Kessler (2004), los recorridos laborales que trazan cada uno de los actores en su niñez, puntualizan dos aspectos. Por un lado, estos recorridos detallan las formas de solidaridad y confianza entre pares generacionales que subsistían una vez no se obtenían los resultados esperados (como p.ej. “*no tenía lleno su changuito*”). Por el otro, dan cuenta del nexo intergeneracional, extra-familiar, que, en actividades de recolección, percibidas como trabajo, se presenciaron en nuestros informantes.

Ambos aspectos configuraron una red de intercambio y transacciones generalizadas, cuya base es la reciprocidad y la confianza. La ayuda mutua entre pares, se institucionalizó como el mecanismo específico de seguridad económica y social, ya que ésta permitió y garantizó la provisión, por parte del niño trabajador, de un bien material (provisto así fuese en alimento) hacia su unidad doméstica. Actuando de esta manera, este tipo de ayuda se transformaba en la “expresión más notable” de un nexo solidario, guiado por dos aspectos: la voluntad de cada niño de cumplir con las obligaciones contraídas, de manera implícita, en las relaciones familiares y la capacidad de cada chico de establecer una red de intercambio recíproco. En esta red se entrelazaban y se mimetizaban las relaciones sociales de amistad, e incluso de vecindad, con relaciones económicas. Esta constatación es posible realizarla si se consideran las contribuciones de Larissa A. Lomnitz (1975), en su estudio sobre la marginalidad en el barrio Cerrada del Condor, México.

Con respecto a la especialidad urbana, un elemento que se puede considerar al respecto, es que las calles por las cuales se ha transitado desde chicos delimitan rasgos con sentidos sociales y espaciales particulares. Los límites espaciales a los que frecuentemente aludían tanto Sandro como Daniel y Vanesa, durante varias entrevistas, estaban marcados por la avenida Camino General Belgrano, las calles Víctor Hugo y Rodríguez. Según relataban, estas tres calles colindaban con territorios diferentes que se traducían en la relación que ellos, como habitantes de Santa María de Monte Chingolo, mantenían con los “otros”, habitantes tanto del barrio La Carne (“barrio privado de gente decente como profesores, abogados y médicos”) como del barrio La Fe (“villeros, cirujas y pobres”).

Según exponía Sandro, cuando eran niños los ruidos y rumores de que en el barrio La Fe cometían asesinatos de tal magnitud que “hasta comían niños” eran frecuentes. Por eso, él daba gracias, siempre que tenía que ir a la feria, pues sabía que ésta quedaba “más hacia la calle General Belgrano”, pues ahí se sentía en menos riesgo.

Durante una de las conversaciones cotidianas que sostuvimos él me comentó que, si bien su jornada laboral dominical era de diez de la mañana a cinco de la tarde, no le incomodaba aguardarse a esperar a su madre, quien lo pasaba a buscar con un helado, ya que sentía que la feria era una morada donde se protegía de los cirujas del barrio La Fe. Más que suprimirle el miedo en su totalidad, sentía que estaba afianzado a la seguridad de los adultos que ya lo reconocían como “miembro honorífico” de la feria.

Desde su propia posición, Daniel reconoció que más de una vez conoció a “un ciruja que afanaba por Salcedo”. Más que causarle miedo, le causaba “*bronca porque yo sentía que la víctima siguiente podríamos ser nosotros, ya que sabían lo que hacíamos con nuestros changuitos que ellos no tenían*”. La probabilidad de que un evento como este sucediera la consideraba alta, por eso cuando debía salir a la calle a trabajar, lo percibía

como un “desafío”, el cual se traducía en evitar “*esa gente villera*”. Si bien reconoce que, aún hoy en día “*debo saber de ellos*”, sabe que no debe propiciar una relación social alguna, para así “*evitar piñas o cagadas a palo*”.

Considerando que “la vida barrial cotidiana es una vida tensada entre una multiplicidad de fuerzas que propenden tanto hacia el aislamiento y exclusión como a la movilidad como práctica para la supervivencia” (Segura 2009), es posible argüir que los modos en los que estos actores se relacionaron en su niñez con el espacio barrial vislumbran distancias sociales, cuyos *efectos de lugar* (Bourdieu 2002) son relacionales y exceden el ámbito barrial.

Las marcadas de límites que nuestros informantes percibieron desde y durante su niñez se configuraron así como un hecho sociológico, a raíz del cual fueron estigmatizados ciertos espacios, debido a los procesos de socialización no homogéneos que se presentaron; sea o no a través de rumores.

Desde esta línea, cabe preguntarse acerca de las expectativas y los proyectos de vida que nuestros actores mantuvieron en su niñez. Esto con el fin de trazar una perspectiva comparativa con las mismas durante su juventud como trabajadores del sector informal. Ésta se desarrollará en el capítulo cuarto.

III. Proyectando una vida

¿Cuáles fueron los proyectos de vida que nuestros informantes mantuvieron durante y en su niñez?

Los “cursos de vida” que direccionaron las experiencias de nuestros actores, permiten comprender como sus trayectorias no suponen ni enmarcan una determinada velocidad (Blanco 2001), sino que se adscriben, además, a expectativas y proyectos de

vida, sustentados en “sueños que todo pibe tiene para triunfar cuando grande” (Vanesa 2012). Cabe resaltar que los proyectos de los tres, por más de que difieran in *strictu senso* de los tiempos de la “ruta de la monedita”, persiguen la lógica de la confesión de Christian del “Yo no quiero estar más en la calle”.

Según relataba Daniel, su mayor expectativa cuando niño era dejar de lado las “salidas a la calle para laburar”, para así, poderse concentrar en “ser alguien”. Su significación la constataba en su deseo de “estudiar dibujo”, más aún cuando “yo me gané la beca, me la gané, pero como no tenía para el colectivo y los materiales, entonces no”. Haber logrado la beca traslucía la base imaginaria de la consecución de un proyecto de vida que, a su temprana edad se alejaba de las calles, a pesar de la falta de acceso a recursos económicos. El proyecto de Daniel, a la par, se fundamentaba en otro “sueño”: “*bailar en un teatro, pero ... mis padres lo veían mal, pensaban que no era normal para un chico ir a bailar en un teatro y que dibujara, tampoco les gustaba*”. Desde la óptica generacional, este proyecto se veía, asimismo, obstaculizado por la falta de apreciación de los padres. Por eso, para Daniel, lo que resultó de ambos proyectos fue “que ambos proyectos quedaran colgados”.

A pesar de ello, afirma que, el proyecto que logró sacar hacia adelante fue el terminar el secundario, aun cuando la edad de finalización haya sido en etapa adulta. En concordancia con esto, Sandro, destacó en varias oportunidades que su proyecto de vida cuando niño estaba centrado en apoyar a su madre y hermanos. “Sé que para conseguir este sueño me era difícil, pero creo que lo he conseguido”. Paralelamente a este, se encontraba el canto y el uso de los propios “vestiditos” para los shows que él hacía.

Decía:

“Es que yo ya de pibe bailaba y cantaba, hacía mis propios shows... no sé porque pero admiraba a mi madre, y pues mi sueño era ser como ella, así que bueno, un día dije quiero ponerme vestiditos y, bailar como mina. Ese era mi sueño sabés, y pues, sin saberlo lo he visto como mi proyecto de vida, desde nene”.

“Bailar” se configuraba así en la base de un recorrido para ambos que, por más de que haya tenido desenlaces diferentes, enlazaba expectativas con proyectos de vida. Al preguntarle a Vanesa acerca de su proyecto de vida cuando era niña, ella afirmó que: *“quería seguir apoyando a mi abuela y pues salir de Monte Chingolo, porque veía que ahí vos no progresás. El trabajo no me molestaba, porque sabía a quién ayudaba”.*

El argumento que se entreteje en esta afirmación de Vanesa deja en claro que el estar trabajando no constituía un impedimento para construir su proyecto de vida, ya que, como se puede inferir, éste se centraba en la vida que llevaba con su abuela. Caso particular al respecto, lo desentraña el hecho de que, como parte de su proyecto vital, esté la declaración de “salir” del barrio, a raíz de que en éste “no se progresa”.

Al indagar acerca de su significado, el no progresar trasluce la idea de que “seguís en el mismo camino de ellos, mis padres”; lo que manifiesta una postura generacional que, entrando en conjunción con la crítica al conformismo de los padres por parte de Daniel, mantiene como afinidad el cuestionamiento a las forma de vida de la generación de sus padres, en cuanto la asimilan como forma de estancamiento de clase a nivel social. Es esta afinidad, lo que consagra a su generación como hijos, cuya *consciencia generacional*, en términos gramscianos, puede definirse con base en la apuesta de lucha hacia el cambio de un orden, establecido por la civilización de los padres, estructurante en y de las relaciones inter-generacionales.

Siendo esto así, uno de los elementos constitutivos de los tiempos biográficos de estos chicos ha sido la revisión de la forma en que se producen y reproducen los vínculos

familiares, y las sanciones que estos establecen en el ámbito de lo doméstico y de lo públicos. Las aspiraciones y trayectorias de vida que de chicos nuestros colaboradores realizaron permiten ver, así, sus afectividades y formas de agencia dentro de espacios sociales generacionalmente marcados: la familia, los escenarios laborales, etc.

En este sentido, cabe resaltar que, frente a las condiciones estructurales en las cuales se postularon las formas de “trabajo infantil” de estos jóvenes cuando chicos, sus recorridos de vida no sólo dejan entrever un conjunto de actividades propias de la economía informal, cuya lógica se sustentaría en los procesos de reproducción de fuerza de trabajo no convencionales como la “ayuda”, como lo sostendría Maureira (2002), sino también las formas en que se producen subjetividades en contextos de ambivalencia y cohesión como el familiar y el laboral, incursionado a temprana edad, tal como se ha pretendido demostrar a lo largo de los capítulos segundo y tercero.

JÓVENES EN RECORRIDOS INFORMALES LABORALES

I. Trayectorias en entornos de inserción informal y precarizada

“El kirchnerismo es trabajo precario y una educación que se cae a pedazos. Que se escuchen los reclamos de la juventud trabajadora” (Nuevo Mas 08/2013), anunciaba uno de los panfletos del Movimiento Nuevo Mas que sostenía Sandro a inicios del invierno de 2013. En éste se declaraba una serie de reclamos y llamados conjuntos de la “juventud trabajadora”.

Entre ellos sobresalían: “el levantamiento” de jóvenes estudiantes y trabajadores contra un sistema que “está destruyendo sus posibilidades de trabajo, de estudio, sus proyectos de vida”, la negación de la juventud a “hundirse en la miseria y la violencia de la barbarie capitalista”, el “adorno” del crecimiento económico del discursos kirchnerista, la “manutención de un trabajo precarizado” y la suerte de “todo por dos pesos” que viven los jóvenes que acceden a su primer empleo.

Para uno de los jóvenes esta era la perspectiva de un “país violento que rechaza a sus jóvenes y que dice que es peronista oprimiendo a la clase obrera”. En concordancia con la propuesta del panfleto, exclamaba, además que: “Cristina no se conmueve con los jóvenes; los de la Campora son los que la conmueve porque la aplauden a ella, y eso no somos todos”. Esta actitud de denuncia hacia el gobierno nacional representa no sólo un señalamiento hacia un malestar concreto, sino que también revela una de las maneras como

los jóvenes se ven a sí mismos en los tiempos políticos de la presidenta Fernández de Kirchner. Su referencia hacia la forma cómo el kirschenerismo ha venido destruyendo y limitando las posibilidades de trabajo, estudio y proyectos de vida de los jóvenes (reduciéndolo a la precarización), es un argumento empírico que refuerza la tesis presentada por Battistini, en el capítulo anterior.

Señala, asimismo, la postura generacional de unos jóvenes que, en representación de Sandro y su militancia en el nuevo socialismo argentino, son conscientes de la necesidad de un cambio en materia de empleo y juventud. Ya, para las elecciones de pre-candidatos a Senadores y diputados de agosto de 2013, Vanesa, en concomitancia con el planteo de Sandro, decía estar de acuerdo en la propuesta de Camino popular. Según ella, la “*era Crittina* (apodo en son de burla a Cristina) *ya se debía acabar*”, por lo cual se hacía necesario “*caminar distinto*”. Recuerdo, a este respecto, sus continuas alusiones a la necesidad de la “ley del empleo digno”; la cual la presentaba de la siguiente manera, mientras leía uno de los volantes del partido Camino Popular, representado por Lozano e Itai –lista 506: “*la ley de empleo digno quiere decir que tenemos el mismo derecho que el resto. Que, por ser jóvenes, no nos hagan pagar el derecho de piso, ni trabajo en negro ni precarizado*”.

Como se puede notar, la constatación y el rechazo al trabajo precarizado y en negro es una constante en las formas políticas, a través de las cuales se identifican ambos jóvenes. Sin embargo, como se verá en uno de los apartados sucesivos, éstas entran en choque con las expectativas y proyecciones futuras que, como jóvenes, tienen. Lo interesante de esto es que, a pesar de que sus expectativas concuerden con la realidad nacional, estos jóvenes no dejan de lado sus “compromisos políticos”, optados bien sea en formas concretas de militancia barrial, como es el caso de Sandro, o bien sea a través de “*estar informados y*

apoyar a los jóvenes”, como lo sostiene Vanesa. Si bien el objetivo de este estudio se adentra más en el trabajo, cabe anunciar esto último para futuras investigaciones interesadas en el campo.

Así, siguiendo con la argumentación central de este capítulo, cabe considerar a continuación los roles de las experiencias subjetivas y temporales que los jóvenes de este estudio remiten a su propia existencia en relación con el mundo laboral y lo que, en palabras de Grossin (1974), podría pensarse como “le sentiment et la pensée du futur” o, a juicio de Leccardi (2005), se vale como “ways to face uncertainty”.

II Tiempos y representaciones

En uno de los capítulos de la compilación de Osvaldo Battistini y Gérard Mauger *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia* (2012), María Eugenia Longo afirma que: “en Argentina, como en otras sociedades capitalistas, la inserción laboral constituye un factor clave del pasaje de la adolescencia a la adultez y de la integración social de las nuevas generaciones” (2012:331). Sin embargo, pasados seis años de la crisis de 2001, las expectativas juveniles de inserción en el empleo, educación, seguridad social etc., hallaban su fundamento en “pautas diferenciales por extracción social, donde los jóvenes de sectores populares eran los más perjudicados” (Battistini y Mauger 2012:11).

Ya, datos oficiales recaudados de la Encuesta Permanente de Hogares (2004) anunciaban esta difícil situación, sosteniendo que, en el último trimestre de 2004, la tasa de desempleo de los jóvenes entre 15 a 24 años de edad ascendía a 26,3% en el total de los aglomerados relevados. Esto representaba en el total urbano nacional a 718 mil personas; lo cual, comparativamente, reflejaba que el nivel de desocupación juvenil era 2 veces

mayor que la del total de la población y 3 veces mayor que la de los adultos de 25 y 59 años. Considerando que “la participación de los jóvenes en el desempleo global es particularmente importante” (INDEC 2004), cabe notar que, para dicho año, el porcentaje de jóvenes en el desempleo alcanzó el 40%, cifra por demás preocupante si se tiene en cuenta que los jóvenes componen el 20% de la población activa (Lépore y Schlecher, Ministerio de Trabajo s.f.).

En cuanto al análisis de las trayectorias y transiciones laborales, la EPH (2004), llegó a una misma conclusión: los jóvenes no presentaron mayor permanencia en el desempleo que aquella presentada por los adultos. En ambos casos, el índice proporcional de población que continuó sin empleo seis meses después fue comparativamente similar, siendo el de los jóvenes de 39% y el de los adultos de 34%. Además:

“Como puede verse, de cada 100 jóvenes desocupados o inactivos en el momento de inicio que ingresaron o se mantuvieron en el mercado laboral, 53 hallaron empleo y 47 quedaron desocupados. Algo similar se verificó entre los adultos: de cada 100 adultos sin empleo en el momento de inicio que ingresaron o se mantuvieron en el mercado de trabajo, 60 hallaron empleo y 40 quedaron desocupados. Por tanto, no se observa una marcada diferenciación respecto de las chances de acceso al empleo” (Lépore y Schlecher, Ministerio de Trabajo s.f.:190).

Al contrastar estos recursos “objetivos” y estadísticos con las experiencias, representaciones y decisiones que los jóvenes de nuestro estudio han tomado a lo largo de sus propias trayectorias, se advierte la necesidad de comprender las formas de inserción/deserción en el trabajo a partir de configuraciones subjetivas, simbólicas y biográficas. La pertinencia analítica del conjunto de estas variables deriva de su capacidad explicativa para dar cuenta del rol de las representaciones sobre el trabajo y el tiempo en las experiencias vividas.

Investigaciones recientes de las dos últimas décadas, en Francia (Nicole-Drancourt 1992; Paugam 2000; Baudelot y Gollac 2003; Bidart 2004; Rampazi 1989) y Argentina (Longo 2006; 2008; 2012), han tratado la importancia de “la subjetividad” y “la biografía”, como categorías útiles para comprender las trayectorias laborales. Tanto el posicionamiento que los jóvenes sostienen frente a la actividad laboral como las formas de anticiparse al futuro (a través de anhelos, proyectos, planes, etc.) mantienen un rol preciso debido a que “vuelven explícitos los campos de posibles imaginables por los sujetos en su contexto” (Longo 2012:332). Como estos estudios argumentan, los ‘campos de posibles imaginables’ son determinantes en el desarrollo de acciones de los jóvenes, ya que están estructurados y, a su vez, condicionados por las desigualdades sociales de base a sus trayectorias (Longo 2012).

En lo referente al trabajo de jóvenes de sectores populares, Salvia y Tuñon (2002) afirman que los procesos decisionales se ven sujetos tanto a las expectativas personales como a las familiares que los actores mantienen frente a los logros a alcanzar y las necesidades de ingresos de sus hogares. Si bien es cierto que gran parte de esta diáda se resuelve a través del acceso al mercado laboral y al sistema educativo (Longo 2012), también lo son las aspiraciones y representaciones *hacia y sobre el futuro laboral* que los propios jóvenes establecen.

“Las diversas representaciones sobre el futuro laboral suponen de parte de los jóvenes el establecimiento de condiciones y de márgenes de búsqueda, de aceptación y de rechazo de las ofertas laborales que vayan surgiendo” (Longo 2012:333). De acuerdo con esto, y siguiendo a Pérez (2007), se entenderían las proyecciones estadísticas, según las cuales los jóvenes con educación media-superior mantendrían mayores dificultades de

acceso a mercados laborales concretos en relación a los “menos educados”, en momentos de crisis económica.

Para nuestro caso, las estadísticas que inauguran este apartado dan cuenta de la *desigualdad de posiciones* que han existido en el Estado argentino a fines del siglo XX y a principios del XXI. Al plantear que esta estructura desigual frente al posicionamiento e inserción laboral se halla relacionada con ‘una estructura desigual de anticipaciones del futuro’ (Longo 2012), es posible preguntarse acerca de la cabida del modelo de igualdad de posiciones como representación/concepción de la justicia social, ya detallado, para el caso francés, por Dubet (2011).

Ya en la introducción a *Respensar la justicia social*, Dubet define a la igualdad de posiciones como una concepción/representación de justicia social. Tomando como locus el caso francés, el autor es enfático en señalar que ésta “se centra en los lugares que organizan la estructura social, es decir, en el conjunto de posiciones ocupadas por los individuos, sean mujeres u hombres” (Dubet 2011:2) y busca *reducir* la desigualdad socio-económica (i.e. de ingresos, calidad de vida, acceso a servicios etc.), con el fin de hacer mínima la brecha entre las condiciones de vida y de trabajo de las clases sociales de obreros y empresarios. Adoptando esta definición, sostiene que la igualdad social se ve limitada, y exclusivamente referida, a los incluidos, mientras que los más frágiles (mujeres e inmigrantes), al ser vistos como *outsiders*, son excluidos. De hecho, estos encuentran limitaciones y dificultades para acceder al sistema y al núcleo del mundo de trabajo y, por ende, al conjunto de derechos que éste ofrece.

Si bien esta no es la única forma de orientación posible, ésta muestra el carácter corporativo de esta forma estatal y pone en evidencia cómo por detrás de la asunción de la idea de igualdad de posiciones está presente el hecho de que los regímenes especiales y

corporativismos se presentan como “derechos adquiridos”, los cuales se despliegan a lo largo de la escala social. En efecto, la igualdad de posiciones le resulta favorable a la clase media que, siendo estratificada a su vez, se siente amenazada cuando el crecimiento económico ya no garantiza la solidaridad y dicha condición, pues ésta es la primeramente beneficiada y protegida.

La desigualdad, y su respectivo lazo, se da entonces, entre los clivajes que se sienten integrados en la sociedad y aquellos que se alejan cada vez más de ella por su condición étnica o de género. Según el autor, un trazo de dicha desigualdad se pone de manifiesto en la disposición social urbana contemporánea. En ésta se ven, cada vez más, atenuadas las distancias sociales, lo cual hace que los efectos sociales de las desigualdades sean mayormente acrecentados.

De esta dinámica, ya nos advierte Donzelot (2006), autor que Dubet (2011) retoma con la finalidad de dar a entender que, ante este panorama, surge la posibilidad de pensar en la emergencia de *nuevas desigualdades* y la acumulación de desigualdades *minúsculas*.

“Cuando el modelo de igualdad de posiciones se fisura, aparecen en la conciencia desigualdades que no son nuevas, pero que aparecen tales porque se las mide y porque existe un apego cada vez mayor a la igualdad” (Dubet 2011: 37-38). Con estas palabras, el autor da a entender cómo en los márgenes de igualdad de posiciones se constituyen grupos que se definen como las minorías más discriminadas. Esto es posible, dada la existencia de una justicia- la justicia de posiciones- que, al resultar profundamente conservadora, favorece a quienes ya tienen y mantienen una posición o lugar establecido dentro de la estructura social e invita a los outsiders a mantenerse en el lugar subordinado que les es asignado.

Demostrando esto el autor afirma que la percepción de las desigualdades vividas es mucho más intensa de lo que son las desigualdades por ingresos. Pero entonces ¿qué es una desigualdad real? Para Dubet, este tipo de desigualdades son aquellas que son producidas por la acumulación de pequeñas desigualdades que terminan por crear procesos de diferenciación mucho más complejos que las meras diferencias de ingreso.

Siendo consciente de esto, el autor trae como ejemplo las desigualdades escolares y laborales. En ambos se pueden ver como el modelo de igualdad de posiciones reposa sobre una representación estable y cristalizada de las desigualdades, las cuales, al estar asociadas al empleo, encaran un modelo conservador “incapaz de hacerse cargo de la fluidez de los recorridos vitales y laborales, y de la multiplicidad infinita de desigualdades” (Dubet, 2011:39). Casos específicos al respecto son: La definición sexual del trabajo (que reafirma la “naturaleza” de lo femenino y masculino) y la dificultad del inmigrante para acceder a la igualdad y solidaridad nacional.

Ambos casos son un reflejo de aquello que paradójicamente dicho modelo, al hablar de “igualdad”, ha engendrado; es decir nuevas injusticias y una igualdad de lugares más favorables para quienes ocupan posiciones seguras.

Cabría preguntarse, ¿cuál es el rol de la ‘justicia social’ en un Estado argentino que “garantiza” a los jóvenes de sectores populares un posicionamiento desigual en el mundo del trabajo y sus anticipaciones futuras?

Con miras a comprender las formas a través de las cual se producen tanto posicionamientos como anticipaciones en el mundo laboral juvenil, es pertinente traer a colación el sentido que Daniel Mercure (1995) le asigna a las “temporalidades vividas”, en tanto “experiencias subjetivas del tiempo” que vive cada actor en el marco de la realidad socio-histórica determinada. Para Mercure (1995), estas experiencias configuran uno de

elementos primordiales para la construcción de transiciones biográficas y, en específico, de las representaciones futuras sobre la vida laboral.

De acuerdo a la manera como se piensa y experimenta el pasado, presente y futuro, cada actor se posiciona de forma particular frente a y dentro de su propia temporalidad. Este posicionamiento es posible, gracias a la retransmisión generacional de la construcción de imaginarios y valores, impartidos tanto por padres como por referentes adultos. Esta impartición permite establecer una primera construcción de representaciones que, si bien en principio son abstractas, en sí retoman un sentido a la vez particular y social; es decir la experiencia vivida y su forma de transmisión y traducción a valores colectivos y propios a un aglomerado social.

Esta forma de transmisión y traducción de la propia experiencia a valores colectivos es lo que permite pensar en posicionamientos y anticipaciones en el mundo laboral de jóvenes de sectores populares, en el que el rol de la experiencia, con su clivaje temporal, es fundamental.

Para mostrar esto, el interés analítico en este apartado se centra en el futuro, y sus formas de representación, no sólo porque la sociología clásica sobre el trabajo ha privilegiado el rol del pasado, sino porque también la planificación del futuro en la juventud aparece como ‘un mandato social’: “en esta etapa de vida los jóvenes son incitados a realizar elecciones que se esperan durables: una formación dirigida al ejercicio de una profesión, una inserción laboral centrada en un sector de actividad particular, otras decisiones referidas a la vida afectiva, familiar, etc.” (Longo 2012:336).

Como D. Demazière (2003) lo ha definido, los proyectos futuros son determinantes para las trayectorias, “porque el tiempo biográfico no está cerrado sino que permanece siempre abierto a prolongaciones, desarrollos, y resurgimientos futuros (Demazière 2003,

trad. de Longo 2012:337). Por lo cual, ante la pregunta acerca del rol de la justicia social en tiempos de desigualdades laborales, queda como camino (de respuesta) indagar las representaciones del y hacia el futuro de nuestro actores, pues, es a partir de ellas que se muestran los *factores posibles* que intervienen tanto en las decisiones laborales como en las valoraciones del trabajo, la movilidad laboral, la definición de proyectos y la transformación de imposibles (anhelos, sueños...) en posibles (oportunidades y consecución de metas).

Es mediante esta indagación que aflora una idea paradójica de justicia, centrada, como bien lo ha enseñado Dubet (2011), en la igualdad reducida a los incluidos (que en nuestro caso, como se verá, vendrían a ser “*ella, la que está en blanco*”), pero inexistente para los excluidos, es decir “*quienes laburamos por prenda y que dependemos de la voluntad del jefe para que se nos pague... si es que le parece que está bien nuestro trabajo*”).

III Posicionamientos, formas de anticipación y expectativas

En otoño, una mañana de domingo, Daniel llegó ofuscado a su vivienda (nuestro sitio de encuentro y trabajo) diciendo, en son de grito:

D: “*Y viste che, a la Dai la pusieron en blanco en la fábrica de pantalones y a nosotros, a Vane y a mi, no. Dicen que ella, la que está en blanco, pasó porque curtió con el jefe... que se yo... pero yo creo que le dieron laburo estable porque precisaban mujer para el nocturno y pues sabían que Vane tiene un pendejo de 2 años, mientras que los chicos de ella, la Dai, ya están grande y pues los puede cuidar Checho...*”

J: “*¿Y qué es lo que te molesta?*”

D: “*Y que todo tenga que ser así, injusto aún en negro, entramos al mismo tiempo con la Dai, yo laburo duro con la Vane y antes, quienes laburamos por prenda y dependemos de la voluntad del jefe para que nos pague, se nos controla más y nos paga si es que le parece que está bien nuestro trabajo*”.

J: “*¿Y qué pensás hacer?*”

D: “*Y no sé, laburar hasta el sábado que es el día que nos paga, para así llegar a los 1500 pesos de prendas que hice en la semana. Igual*

cagar a nuestro jefe no se puede, porque es vecino de la casa de Vane, y pues, como vos sabés, yo no me pienso quedar ahí. Mi sueño es laburar de mi propio negocio; hacer con Sandro un negocio pequeño de shows y fiestas infantiles. Pienso que lo lograré, sabés... Ya terminé el secundario, y pues quiero empezar a estudiar realización de eventos... por eso no me quedaré ahí en la fábrica aunque te de buena guita”.

J: “ Y vos, Vanesa, ¿qué pensás?”

V: “Yo pienso seguir y... por el dinero, además quiero comprarle ropa a mi hijo y, laburar ahí por unos seis meses más para terminar la licenciatura en Enfermería que, por falta de dinero, dejé, ¿sabés?”

Este breve diálogo que sostuvimos es un referente empírico de los argumentos presentados en el apartado anterior. De su análisis, se aclaran tanto las aspiraciones concretas como los tiempos biográficos anclados, en y desde la experiencia, al mundo laboral. Las referencias a través de las cuales ambos colaboradores se posicionan frente al futuro, destacan la heterogeneidad de plazos a los cuales se adscriben, resaltando tanto proyecciones a corto plazo como a mediano plazo. El conflicto relatado por Daniel es enunciativo de la posición que ha de asumir ‘el excluido’ del mundo laboral legalizado. Situándose bajo “la voluntad del jefe”, presenta su decisión ante la desigualdad que supone el estar “aún en negro, habiendo entrado al mismo tiempo que la Dai”, y, a su vez, hace un señalamiento a la posición de incluida de Dayana, su amiga.

De manera conjunta, tanto Daniel como Vanesa construyen una versión imaginada de sí mismos o de su inserción en el tiempo futuro. Cabe destacar la idea de emprendimiento que proyecta la versión de Daniel, mientras que la de Vanesa se centra más en procurarse la continuidad en el trabajo conseguido, en pro de un fin mayor: lograr pagarse los estudios de la Licenciatura.

Cuando le pregunté, por el significado que ella atribuía a este hecho, “terminar la licenciatura”, su respuesta constató lo siguiente: “Yo quiero terminarla porque podré hacer lo que me gusta y ser reconocida profesionalmente por eso...cuidar, lavar y asistir a

pacientes yo ya lo he hecho, por eso me decidí por enfermería". Tal como lo demuestra esta afirmación, su manera de "abordar el futuro" (Longo 2012), insinúa una posición optimista respecto al acontecer temporal venidero de su propia existencia. Su tiempo biográfico refiere una capacidad de proyección que, de la misma manera que para Daniel, pone de manifiesto un grado de certidumbre.

Frente a la expectativa: *"Yo he pensado más que nada en el tema de comprarme máquinas de coser, de ahora en más a dos años, en el tema de los textiles con la persona que estoy buscando tener una mini-empresa de diseño"*- Daniel anunciaba el sentido de uno de sus anhelos que, por más de que ante la realidad vivida en su presente pareciera improbable, se proyectaba en *"posible y realizable"*, debido a las propias representaciones sobre el futuro.

Como lo han demostrado las investigaciones de Kornblit (1995) y Longo (2006, 2007), los distintos tipos de representaciones sobre el futuro encaminan tanto trayectorias de vida como las formas de valoración positiva o negativa de la actividad laboral, la toma de decisiones al respecto y la movilidad profesional o comercial. La aspiración de Daniel es un ejemplo de este aspecto. Característico de este anhelo es el grado de definición de su decisión frente a la incertidumbre de un futuro que busca establecerse como *"seguro y confiable"*-tal como lo detalló nuestro colaborador. La dimensión temporal del plazo para conseguir su meta señala su particular modo de abordar el futuro como alternativa laboral *"propia"* que logre a hacer frente a *"empleos inevitables"* y *"transitorios"*, como el que debe vivenciar en el presente. Esto es:

"Laburar en la fábrica del Jeans del vecino de Vanesa... [donde] pagan bueno (1500 mangos por semana) pero no es seguro y no es de todo los días. Cuando laburamos, lo hacemos de lunes a sábado de 6 a 3. Laburamos cuando nos llaman o nuestro jefe decide... y bueno, como sabés, estamos en negro".

Los planes que nuestros informantes presentan pueden, entonces, llegar a influir tanto en sus trayectorias laborales, como en los proyectos futuros. Siendo esto así, es posible pensar que el contenido de las representaciones y de las formas de anticipación futuras varía de acuerdo a cada joven y sus expectativas. Sin embargo, esto no deja de lado el hecho de que susodichas aspiraciones sean propias de una generación de jóvenes que ve la necesidad de decidir y tener proyecciones sobre la inserción laboral en diferentes plazos. Esto permite pensar en que el futuro generacional no es percibido de manera homogénea, dado que las alternativas laborales también se hallan diversificadas.

A este respecto, cabe considerar el siguiente cuadro, el cual fue tomado, después de haberle consultado a jóvenes de barrio de Santa María de Monte Chingolo acerca de su futuro en el trabajo, actividad/área laboral, aspiraciones y formas de remuneración pretendidas, en temporalidades de cinco a ocho años. Los datos se traen en la tabla 2.

En ésta se puede detallar que el futuro laboral de los jóvenes entrevistados está proyectado en el “trabajo en kiosco”. A esto le siguen el “trabajo docente de primaria” y el “trabajo en construcción como obrero”. Ante estos futuros laborales priorizados se entrelazan los deseos de “terminar la secundaria”, “mudarse de Monte Chingolo”, culminar la construcción de la vivienda, la crianza de hermanos e hijos y el formar familia como aspiraciones primordiales. Frente a este panorama, la expectativa de remuneración salarial se centra en un 60% en la recepción de un salario sin prestaciones sociales (o “en negro”) y en un 40% en la retribución monetaria con prestaciones sociales (o “en blanco”).

Del análisis comparativo de los datos reportados se puede inferir, asimismo, que en el futuro laboral mayormente proyectado la expectativa de vida versa en el mantenimiento de la vida familiar (focalizada tanto en la crianza como en el casarse), en condiciones laborales

precarias, sin obtener garantías en el acceso a derechos básicos, tales como la seguridad social y la jubilación. Este caso se complementa con el futuro laboral en construcción o en docencia primaria que presentan los informantes. Ante este futuro, la expectativa de vida se sustenta tanto en proyectos de culminación de formación educativa y de vivienda. La balanza salarial se mantiene, de manera desproporcional, en quienes anhelarían un salario “en blanco”, a ser proveído por labores en la docencia, y quienes esperarían un salario en “negro”, a ser previsto en actividades de construcción como obreros.

Tabla 2. Expectativas y proyecciones laborales de diez jóvenes de Monte Chingolo, en temporalidades de cinco a ocho años, en 2012.

Futuro laboral	Actividad/área laboral	Aspiraciones principales	Formas de Remuneración
Trabajando en fábrica	Obrero	Terminar secundaria	Salario en negro
Trabajando en oficina	Oficinista	Terminar secundaria	Salario en blanco
Trabajando en construcción	Obrero	Terminar secundaria	Salario en negro
Trabajando en construcción	Maestro mayor de obra	Vivir en Avellaneda	Salario en blanco
Trabajando de docente	docente primaria	Terminar de construir la casa	Salario en blanco
Trabajando de docente	docente primaria	Ayudar a hermanos y madre	Salario en blanco
Trabajando en kiosco	Kiosquera	Criar a los hijos	Salario en negro
Trabajando en kiosco	Kiosquera	Criar a los hijos	Salario en negro
Trabajando en kiosco	Kiosquero	Juntarse	Salario en negro
Trabajando en seguridad	Encargado	Mudarse de Monte Chingolo	Salario en blanco

Las representaciones futuras sobre lo laboral y las expectativas de vida revierten, así, en actividades precisas que, tal como se mostró, se sustentan en la adquisición del trabajo como posibilidad viable, a pesar de que éste incurra en la legalidad o ilegalidad de la remuneración salarial.

De cara a esta panorámica, se deduce, entonces, que lo que para María Eugenia Longo (2012) es “mediano plazo” (es decir un periodo de tiempo de 5 hasta 9 años), es para los jóvenes de Monte Chingolo un tiempo en que las proyecciones y aspiraciones se encuentran relacionadas con las formas de remuneración. Siendo esto así, las proyecciones de y hacia el futuro que componen las trayectorias de estos jóvenes, se constituyen en ejes centrales de la manera como se experimenta la temporalidad biográfica, ya que, siguiendo a Didier Demanzière (2003), “el tiempo biográfico no está cerrado, sino que permanece siempre abierto a prolongaciones, desarrollos y resurgimientos futuros” (2003: 82).

Claro está que estas proyecciones futuras se muestran como factores de posibilidad que han de intervenir en las decisiones y anhelos laborales de los jóvenes tanto en su generación como en las generaciones venideras (Longo 2012:337). Una aproximación a la manera cómo los sentimientos y las actitudes sobre el futuro laboral de jóvenes padres se encaran en las generaciones de sus hijos puede ser trazada en el siguiente apartado.

IV. Familia, trabajo y nexos con la otra generación de hijos.

En una conversación que sostuvimos en vísperas de la llegada del otoño, varios jóvenes manifestaron su perspectiva como padres y madres frente a los niños/as trabajadores/as en la Argentina actual. Ambas posiciones divergieron en considerar la factibilidad del trabajo en sus hijos. Mientras que Vanesa avalaba que su “pequeño Tomi trabaj(ara) desde los 12 pero en trabajos de medio tiempo que no le afecten la asistencia a

la escuela”, Daniel confirmaba su postura de protección a su hija Pilar frente a situaciones de incursión en actividades laborales. A pesar de su ausentismo como padre, justificaba su postura de rechazo frente al “trabajo infantil “ de su hija afirmando:

“Los pibes ahora trabajan por gusto, por vagar. Y los padre, ¿cómo lo ven? Los ven ellos, deben ser que piensan que está bien y sí...no hacen nada para que los hijos cambien. Son como gente medio cómoda que están ahí en las cuatro paredes mirando tele y los hijos están en la calle (no les importan).Hay un descuido o un abandono de los padres hacia los hijos. Ya como que los padres no tienen responsabilidad hacia los hijos. Solución no hay. El trabajo infantil de los vagos es algo que va a existir en Lanús. No hay solución porque siempre fueron gente como trabajadores sociales a hablar y no. La causa del trabajo infantil viene a ser los padres que no viven pendientes de los niños. Los pibes roban y llegan a los padres con esa plata y no hacen nada. El pretexto de trabajar de los pibes es más común que antes. Los hacíamos antes por necesidad, por ayudar a nuestros padres. No solamente en mi casa, sino en la casa de los chicos de al lado, que también desde chicos ayudaban al padre y a la madre y a la necesidad. Pero ahora no hay necesidad en Lanús como para decir que salgan los chicos desde los 12 años a trabajar. Salen porque les gusta estar en la calle, vagar, andar pidiendo, capaz los padres están bien. Como mucha vagancia en la zona, ahí en Lanús”.

Esta perspectiva generacional frente al trabajo infantil que expone Daniel no sólo sustenta la idea de que *“ir a trabajar es una excusa para salir de casa, para ir a vagar”*, sino que también da a entender la sanción que carga su sentido moral frente al “trabajo infantil”. Lo particularmente llamativo es el hincapié que hace en la no necesidad de esta forma de trabajo en Lanús y en la *“comodidad de los padres”* como causa íntima del mismo.

Para entender esto, la noción de “brecha generacional” conforma una clave interpretativa ante este problema. De acuerdo con Raúl H. Bisio y Mariana Busso, se hace “notorio que pensada desde los jóvenes esa brecha no se agota en la edad biológica y es obvio que esa conceptualización conlleva una dimensión tanto material como simbólica”

(2012:161). La “brecha” se expresa así como un punto de quiebre con “marcos de referencia”, representaciones y actitudes (Freytes Frey 2009), o mejor, en una reconfiguración de los vínculos con el entorno familiar, en el cual la inmediatez se constituye en un eje fundamental (Bisio y Busso 2012).

En su condición de precarización y, al hacer parte de los sectores populares, los jóvenes son desafiados por su generación en procesos sociales, tales como la búsqueda de: la autonomía y del liderazgo financiero a temprana edad, el distanciamiento del “nicho” familiar – o autonomía residencial (en palabras de Bisio y Busso 2012)- y la creación de nuevos vínculos de filiación (o de linaje).

Todos tres son procesos que, si bien están marcados por “lo inmediato”, refieren a “lugares” de niños y jóvenes específicos en el ambio familiar, característico de la modernidad (Giddens 1999). Estos lugares remiten tanto a la clase social como a la edad y al género de los sujetos sociales en cuestión (Wacquant 2007).

En el caso de nuestra empiria, ¿cuáles serían los lugares que ocupan tantos los jóvenes informantes como sus hijos dentro de las esferas de lo laboral (o “público”), y lo familiar (o “doméstico”, o “privado”)?

Remitiéndonos al marco teórico de Norbert Elias (1994) y Federico Neigburg (2003) expuesto en el capítulo 2 de este estudio, podríamos argumentar que la postura de nuestro joven colaborador advoca por la negación del grado moral, asociado a la esfera íntima, del “trabajo infantil” que él vivió a través de su propia experiencia como chico. El énfasis nativo en “*la comodidad*” de la generación mayor como “facilitador” de las actividades laborales en los chicos está cargado de una sanción moral que, tal como se expresa en sus palabras, se caracteriza por el “*abandono*” paternal a la generación sucesiva. De la misma forma, sus palabras refieren a las motivaciones *hacia* el trabajo de ese “*antes*”

y “*ahora*” del tiempo biográfico de nuestros colaboradores. En ambas temporalidades las motivaciones son diversas, siendo causas características del “*antes*” la “*necesidad*” y “*ayuda*” y del “*ahora*” la “*excusa para vagar*” y la falta de “*responsabilidad*” de los padres hacia los hijos.

En este sentido, el nexo con la *otra generación de hijos*- es decir la de los hijos de los padres-jóvenes- se sustenta, en lo referente al trabajo, perspectivas y formas de ver el mundo que, tal como nos lo presentan nuestros informantes, son divergentes y contundentes en establecer una postura moral y/o pragmática frente al trabajo de futuras generaciones. Este tema se enuncia en este estudio con el fin de que sea un punto de partida para investigaciones venideras interesadas en las temáticas de trabajo y generación en la Argentina contemporánea.

6.

PALABRAS FINALES

Este estudio consideró el ‘problema del trabajo’ desde una perspectiva antropológica. A partir de una postura procesual, analizó los cambios, las tensiones y las convergencias que, a lo largo de una misma generación, determinados actores de sectores populares del partido de Lanús (Provincia de Buenos Aires) mantuvieron con relación al trabajo. Consideró las trayectorias, los posicionamientos, tiempos y experiencias generacionales que plasmaron sus recorridos de vida, desde su niñez como “niños trabajadores” hasta su juventud como “jóvenes trabajadores del sector informal”.

Trazando dos hipótesis frente a los determinantes temporales, biográficos, las demandas sociales y los usos generacionales que constituyeron las vidas laborales de los jóvenes en cuestión, desde su niñez, se analizaron los posicionamientos y formas de sociabilidad y moralidad específicas frente al mundo laboral, que se hallaron vinculadas tanto al ámbito de lo íntimo y familiar como al ámbito público.

Como resultado general se encontró que las experiencias y las trayectorias laborales de estos jóvenes, estuvieron marcadas, desde épocas de vida muy tempranas, por prácticas y elecciones que configuraron sentidos de moralidad fundamentados, por un lado, en formas cotidianas de construir lazos sociales tanto en contextos privados como públicos y, por el otro, en los contenidos y significados atribuidos al trabajo y al tiempo interior de cada actor social.

Los significados atribuidos al trabajo detonan estrategias que configuran un espacio social, anclado a la experiencias familiares y públicas.

Tal como nos enseña Katherine Newman (1999) para el caso del trabajo de jóvenes pobres, este espacio se configura a partir de un tipo de moralidad, concerniente no sólo a las percepciones sino también a impulsos morales, valores y aspiraciones. La tematización de ambos aspectos detalla intereses, expectativas, desafíos, sentidos morales, desarrollo de habilidades y sanciones generacionales frente al trabajo que, identifican y plasman a cada actor de la generación como un actor diferenciado, cuyo grado de conciencia y de decisión en relación a las condiciones laborales se adhiere a intereses específicos.

Estos últimos pueden estar marcados tanto por “vínculos parentales”, orientados a establecer condiciones de igualdad frente a generaciones (Kropff 2009; Evans-Pritchard 1897 (1940)), como por conflictos generacionales que, desde Bourdieu (2002 (1978)), están centrados en las aspiraciones construidas en edades diferentes. Por ello, el reclamo constante que atraviesan las declaraciones de nuestros actoresl con referencia a la problemática trabajada en este capítulo, señalan el choque o la disputa por cumplir su proyecto de vida, central en sus aspiraciones.

Es claro que la búsqueda por no vivir lo que fue su pasado en el presente, conduce a los jóvenes partícipes de este estudio a percibir en el trabajo tanto una salida garante de la no conformidad como una garantía para “tener más”, dado que éste permite ofrecer/dar la propia fuerza de trabajo (o “capacidades”) como mano de obra para tal fin. Igualmente, el *valor* del trabajo, para los actores considerados, muestra que éste se da en cuanto a que las acciones que lo componen se transforman en significativas para ellos mismos, siendo éstas situadas en un todo social, real o imaginario (Graeber 2001:230). Sin duda alguna, los procesos a través de los cuales estas acciones laborales se significan, mantienen y reflejan disyuntivas, afinidades y conflictos que, se ponen de manifiesto en la articulación tensionante que constituyen las relaciones intergeneracionales.

Estos nexos tensionantes detallan intereses, expectativas, desafíos, sentidos morales, desarrollo de habilidades y posturas y sanciones generacionales frente al trabajo que, identifican y plasman a cada actor de la generación como un actor diferenciado, cuyo grado de conciencia y de decisión en relación a las condiciones laborales se adhiere a intereses específicos

Ayuda y trabajo, por ejemplo, son dos significados que dan una relación directa tanto con la cotidianidad de las familias, como la figura femenina, sea ésta de una o dos generaciones anteriores. La recurrencia al primer término alude a las obligaciones morales hacia las madres/abuelas que los hijos comparten y constatan como hecho para salir de la casa y cumplir con las tareas del hogar, en perímetros barriales o incluso en lejanías como la Capital.

En este contexto, el *trabajo*, desde épocas tempranas de vida, se establece como articulador de formas de sociabilidad familiar específicas y, la *ayuda* y el *trabajo* como categorías morales que, al estar sustentadas en las dinámicas del don, el valor y la circulación de la propia fuerza de trabajo como mercancía, dan cuenta del lugar generacional que ocuparon y ocupan estos jóvenes en los procesos de figuración familiar, en relación con las generaciones de sus padres y abuelos, desde niños.

Ambos elementos no dejan de estar asociados a conflictividades, tensiones y disputas que, como se analizó, se entretajan con lo privado/íntimo con lo público, lo micro-contextual con lo estructural y los tres tiempos trabajados en el transcurso de este estudio.

Tal como se puso en evidencia a lo largo del estudio, los cambios acaecidos, durante las dos últimas décadas en la Argentina, incentivaron respuestas heterogéneas, en los sectores populares, que se fueron pronunciando como ruptura y cuestionamiento a los modelos de gobierno regentes.

La heterogeneidad de formas de organización y acciones a través de las cuales los sectores populares respondieron a la complejidad de estructuras sociales, da, entonces, a entender las múltiples facetas de realidad sociológica, en la cual se anclan los tiempos históricos-sociales y biográficos de las experiencias laborales y familiares de los actores presentados.

La experiencia como trabajadores infantiles de nuestros informantes es reflejo de la *naturalización* de las labores infantiles y adolescentes dentro de la unidad familiar. Esto se entreteteje con proyectos de vida, anclados aún a futuras generaciones. Siendo esto así, la postura generacional que proclamaron estos jóvenes, dentro de la militancia en el nuevo socialismo argentino, se relaciona con demandas sociales que se traslucen en la necesidad de un cambio en materia de empleo y juventud.

La constatación y el rechazo al trabajo precarizado y en negro es una constante en la formas políticas, a través de las cuales se construyen y usan lugares generacionales para desafiar a la realidad nacional argentina en la que se vive. Es claro que esta realidad, entra en choque con las expectativas y proyecciones futuras de jóvenes, cuya situación de clase, estilo de vida y ciudadanía política es crítico frente a un Estado argentino que “garantiza” a los jóvenes de sectores populares un posicionamiento desigual en el mundo del trabajo y sus anticipaciones futuras. Lo interesante de esto es que, a pesar de que sus expectativas concuerden con la realidad nacional, estos jóvenes no dejan de lado sus “compromisos políticos”, optados bien sea en formas concretas de militancia barrial, o bien sea a través de garantizarse el acceso a la información. Si bien el objetivo de este estudio se adentra más en el trabajo, cabe anunciar esto último para futuras investigaciones interesadas en el campo.

Frente a esto, los procesos de construcción biográfica y usos generacionales de los jóvenes considerados, en relación con las vidas laborales que han desempeñado desde su

niñez, se desatan en representaciones y proyecciones futuras sobre lo laboral. Éstas revierten en actividades precisas que, tal como se mostró, se sustentan en la adquisición del trabajo como posibilidad viable, a pesar de que éste incurra en la legalidad o ilegalidad de la remuneración salarial. En su condición de precarización y, al hacer parte de los sectores populares, los jóvenes son, así, desafiados por su generación en procesos sociales, que van desde la obtención de la autonomía y el liderazgo financiero a temprana edad, hasta la creación de nuevos vínculos de filiación (o de linaje). Todos tres son procesos que, si bien están marcados por “lo inmediato”, refieren a “lugares” de niños y jóvenes específicos en el seno familiar moderno, en el cual el nexo con la *otra generación de hijos*- es decir la de los hijos de los padres-jóvenes- se sustenta, en lo referente al trabajo, perspectivas y formas de ver el mundo divergentes y contundentes en establecer una postura moral y/o pragmática frente al trabajo de futuras generaciones de la Argentina contemporánea.

BIBLIOGRAFIA

- Aries, P. 1962. *Centuries of Childhood*. London: New Sage.
- Abrams, P. 1982. *Historical Sociology*. Shepton Mallet: Open Books.
- Alves, P. y Rabelo, M. 1996. *Being a nervous person: narratives and the construction of the self*. Mimeo.
- Aranguren, J. L. 1961. *La juventud europea y otros ensayos*. Barcelona: Seix Barral.
- Attias- Donfut, C. 1988. *Sociologies des génération. L’empreinte du temps*. Paris: PUF.
- Battistini, O y G. Mauger. 2012. *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Bauman, Z. 2007. “Between Us, The Generation”. J. Larrosa (editor). *On Generations. On coexistence between generation*. Barcelona: Fundació Viure I Conviure.
- Bárcena, A.1990. “Introducción”. *Revista Pibes Unidos*, (1), pp. 3-4.
- _____. 1992. “Textos de derechos humanos sobre la niñez”. En: Comisión Nacional de derechos humanos. México: Cedemic., pp. 20-32. (Colección Manuales).
- Breves, M et al. .1994. "El menor trabajador del campo en Turrialba". En Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica, N° 6
- Beck, U. y E Beck-Gernsheim. 2008 *Generación Global*. Barcelona: Paidós.
- Bell, V. 1999. *Feminist Imagination. Genealogies in Feminist Theory*. London: Sage Publications.
- Bidart, C. y M.E. Longo. 2007. “Bifurcations biographiques et évolutions des rapport au travail”. En Giret J-F et al. *Rupture et irréversibilitpes dans les trajectoires. Relief* (22), Marseille.
- Bisio, R. y M. Busso (2012). Organización y dinámicas de los espacios domésticos y laborales: el lugar de los jóvenes en un campo en tensión. En *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia*. Buenos Aires: Prometeo Libros
- Blanco, M. 2001. Trayectorias laborales y cambio generacional: mujeres de sectores medios en la ciudad de México en Revista Mexicana de Sociología, vol. 63, núm. Instituto de Investigaciones Sociales. México, D.F.:91-111.
- Bourdieu, P. 2002. “La juventud no es más que una palabra”. En Sociología y Cultura. México: Grijaba

- Bourdieu, P. 2002. “Efectos de lugar”. *La Miseria del Mundo*. Barcelona: Akal.
- Bourgois, P. 2010. *En busca del respeto. Vendiendo Crack en Harlem*. España: Siglo Veintiuno editores.
- Briggs, Ch. 1986. *Learning How to Ask. A Sociolinguistical Appraisal of the Role Of Interview in Social Science Research*. Cambridge University Press.
- Carli, S. 1992. “El campo de la niñez. Entre el discurso de la minoridad y el discurso de la educación nueva”. En: Puigross, A. *Escuela democracia y orden (1916-1945)*. Buenos Aires: Galerna, pp. 99-160. III tomo de la serie Historia de la Educación Argentina.
- _____. 1991. Transformaciones del concepto de infancia en las alternativas pedagógicas, en *Propuesta Educativa* 5, (3) :84-88.
- _____. 2002. *Niñez, Pedagogía y Política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en las historias de la educación argentina. 1880-1955*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Carvalho, J. J. de. 1993. Antropología: saber académico y experiencia iniciática *Antropológicas*, Nueva Época 5:75-86
- Certeau De, M. 1984. *The Practice of Every Day Life*. Berkeley. University of California Press.
- Clifford J. 1989. Notes on travel and theory. *Inscriptions*. 5:177-188. Special Issue *Traveling Theories, Traveling Theorists*
- Cataruzza, A. 1997. “El mundo por hacer, una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los ‘70’”. *Entrepasados* (13) VI: 103-116.
- Carrier, J. 1991. “Gift, Commodities and Social Relations. A Maussian View of Exchange” *Social Forum* (6)1: 119-136
- Colangelo, A. 2004. En busca de una ‘infancia sana’. La construcción médica del niño y del cuerpo infantil. VII Congreso Argentino de Antropología Social, Villa Giardino, Córdoba.
- Colegio de profesores de Chile .2001. Niños y niñas a la escuela detengamos el trabajo infantil. Sistematización de la investigación. Scherping, G et al Colegio de Profesores de Chile A.G. Informe preliminar, Santiago.
- Corea, C. 2000. *¿Se acabó la infancia?* Buenos Aires: Lumen
- Correa, V., C. Pittari et al. 2012. *El trabajo infantil desde una perspectiva de género. Impacto de las políticas orientadas a la erradicación del trabajo infantil en el municipio de Lanús. (mayo 2008-mayo 2010)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dirección Nacional de Población, UNLa.
- D’Andrade, R. 1995. “Moral Models in Anthropology”, *Current Anthropology* 36(3): 399-408.

- Demazière, D. 2003. *Materiaux qualitatifs et perspective longitudinale. La temporalité des parcours professionnels saisis par les entretiens biographiques. En Les données longitudinales dans l'analyse du marché du travail.*
- Donzelot, (2006) *La policía de las familias.* Argentina: Nueva Visión.
- Dubet, F. 2011. *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades.* Buenos Aires: Siglo XXI Ed.
- Diario Página 12. En publicación del 12/04/1994 y del 05/02/1994.
- Gadamer H.-G. 1987. *Das Raetsel der Zeit*, in H.-G. Gadamer, *Gesammelte Werke IV (Neuere Philosophie II, Probleme. Gestalten)*, Tuebingen, J.C.B. Mohr.
- Graeber, D. 2001. *Toward An Anthropological Theory of Value. The False Coin of Our Own Dreams.* New York: Palgrave.
- Geertz, Clifford. 1973. *La interpretación de las culturas.* Barcelona: Gedisa
- Gramsci, A. 1930. "La questione dei giovani". *Quaderni del carcere.* Milano: Eiuunadi.
- Gregory, C.A. 1997. *Savage Money. The Anthropology and Politics of Commodity Exchange.* London: Routledge.
- Giberti, E. 1997. "La niñez y el hacer política". En: *Políticas y niñez.* Buenos Aires: Losada-UNICEF.
- Godelier, M. (1976) *Antropología y economía ¿Es posible la antropología económica?.* Godelier (Comp) *Antropología y economía.* Ed. Anagrama. Barcelona
- Guemureman, S. 2005. "La situación de la infancia y la adolescencia en Argentina" (on line). Disponible en: <http://www.observatoriojovenes.com.ar>
- Gorbán, D. 2012. "Salir por ellos": Familia y trabajo de un grupo de chicos y jóvenes pobres del Gran Buenos Aires. En *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia.* Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Grima M.; Le Fur, A. 1999. *¿Chicos de la calle o trabajo chico?.* Buenos Aires: Lumen Humanitas
- Guber, R. 2004. "El enfoque antropológico: señas particulares". En: *El Salvaje Metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo.* Buenos Aires: Paidós. Pp. 67-81
- Elias, N. 1998. "La civilización de los padres. *La civilización de los padres y otros ensayos.* Bogotá: Norma editores.
- Epele, M. 2007 *La lógica de la sospecha. Sobre Criminalización del uso de drogas, complots y Barreras de acceso al sistema de salud. Cuadernos de Antropología Social: N° 25,; 153-170.*
- Evans-Pritchard, E.E. 1940. *The Nuer.* Sage: New York.

- *Encuesta Permanente de Hogares* (1994)y (2004).
- *Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes* (2004).
- Fassin, Didier y W. Stoczkowski . 2008. “Should anthropology be moral? A debate”, *Anthropological Theory* 8(4): 331–332
- Forner , A. y D. Kertzer (1978). “Transitions Over the Life Course. Lessons from Age-Set Societies. *American Journal of Sociology*. (83) 5: 1081-1104.
- Freytes Frey, A. (2009). “Familias en la “quema”. Vínculos familiares y reproducción de la división sexual del trabajo en jóvenes de los asentamientos del Área Reconquista. *Investigaciones en Borrador*, No 1.
- Godard, Francis. 1996. El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales en Uso de las Historias de Vida en las Ciencias Sociales de Francis Godard y Robert Cabanes. Cuadernos del CIDS. Serie II N°1. Centro de Investigaciones sobre Dinámica Social (CIDS). Universidad Externado de Colombia. Colombia, Julio de 1996: 5 a 55
- Giddens, A. (1999). “Family”; Serie de Lecturas en la BBC de Londres. Lectura 4ta. Disponible en [http:// news.bbc.co.uk/english/static/events/reith](http://news.bbc.co.uk/english/static/events/reith); consultado el 5 de junio de 2013.
- Howell, S. 1997. *The Ethnography of Moralities*. London: Routledge.
- Isla, Alejandro 2006. “Violencias públicas y privadas en la producción de familia y género”. En Miguez, D y Semán, P. (eds): *Entre Santos, Cumbias y Piquetes. Las Culturas Populares en la Argentina Reciente*. Buenos Aires: Biblos, pp. 111-127
- Jacinto, C. et. al. 2005. Jóvenes, precariedades y sentidos del trabajo. *ASET 7° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, Nuevos escenarios en el mundo del trabajo: rupturas y continuidades, Buenos Aires
- James, A. 1995. Talking of Children and Youth. Language, socialization, and culture. *Youth Cultures. A cross cultural perspective*. AMIT-TALAI, V Y H. WULFF. London: Routledge.
- James A. y A. Prout. 1998. *Theorizing Childhood*. Cambridge University Press.
- James A. y Ch. Jenz. 1996. Public Perception of Childhood Criminality. *The British Journal of Sociology* 47 (2):315-331.
- Jenks, Ch. 1996. *Childhood*. London: Routledge.
- Krotz, E. 1997. “La dimensión utópica en la cultura política: perspectivas antropológicas”. En. Winocur, R. (coord.) *Culturas Políticas a Fin de Siglo*. México: FLACSO
- Kropff, L. 2011. “Los jóvenes mapuche en Argentina: entre el circuito punk y las recuperaciones de tierras”. *ALTERIDADES*, 21 (42): 77-89
- Kessler, G. 2004. *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paídos: Tramas Sociales.

- _____. 2002. “ De proveedores, amigos, vecinos y ‘barderos’: acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires. En Feldman S, et al. *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Biblos.
- Kornblit, A. 1996 *Culturas juveniles. La salud y el trabajo desde la perspectiva de los jóvenes*. Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires.
- Kropff, L. 2011. Los jóvenes mapuche en Argentina: entre el circuito punk y las recuperaciones de tierras. *Alteridades* (42) 21: 77-89.
- Kerby A.P. 1991. *Narrative and the Self*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press.
- Kornblit, A. 1996 *Culturas juveniles. La salud y el trabajo desde la perspectiva de los jóvenes*. Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires.
- Krotz, E. 1993. La producción de la antropología del Sur: características, perspectivas, interrogantes. *Alteridades* 3 (6):5-11
- Leccardi, C. 2002. “Tiempo y construcción biográfica en la “sociedad de la incertidumbre”. Reflexiones sobre las mujeres jóvenes. *Nómadas* (16): 42-50.
- Leccardi, C. y C. Feixa (2011). “El concepto de generación en las teorías sobre las teorías sobre la juventud”. *Última década*. (34):11-32.
- Lévi-Strauss, C. 1950 “Introduction à l’oeuvre de Marcel Mauss”, Francia, Gallimard.
- Le Guin, Ú. 1987. La autora de las semillas de acacia. Y otros fragmentos de la Revista de la Asociación de Zoolingüística. En: Ursula K. Le Guin, La Rosa de los Vientos. Barcelona: Edhasa, pp.13 a 23.
- Longo, M. E. 2012. “Las representaciones sobre el futuro: ¿un indicador de desigualdad de inserción laboral de los jóvenes?” En *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Lomnitz, Larissa A. 1975. “Cómo sobreviven los marginados”. México: Siglo XXI Editores.
- _____. 2007. “Anticiparse en el trabajo: el rol del futuro en las trayectorias profesionales de jóvenes franceses y argentinos”. Ponencia presentada en 8° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. 8-10 de agosto de 2007. Buenos Aires.
- _____. 2008. “Claves para el análisis de las trayectorias profesionales de los jóvenes: multiplicidad de factores y de temporalidades. *Revista de estudios del Trabajo, ASET* (35): 118-141.
- Mannheim, K. 1928. “El problema de las generaciones. *REIS* (62): 191-242.
- Mauss, M. 1968. *Essai sur le don*: PUF.
- Macri, et. al, El trabajo infantil no es un juego, Buenos Aires, La Crujía, 2005
- Mastrangelo A. 2009. Exploraciones etnográficas sobre trabajo infantil y minería en Argentina. *Revista Virtual REDESMA*, La Paz; vol. 3 p. 60 – 60, ISSN 1995-1078

- _____ 2006a. ¿Es posible erradicar el trabajo infantil en la minería de gemas en el NE argentino? En: Boletín Respomin: Red por la minería responsable. N° 1 Ciencia y Tecnología para el Desarrollo. CYTED, AECI. 2006. Pp: 3-8. www.communitymining.org
- _____ 2006b Miserias preciosas. Trabajo infantil y género en minería artesanal (Misiones, Argentina). En: “Trabalho infantil e gênero na pequena mineração sul americana”. CETEM – CNPq. PROSUL pp.135-151. Rio de Janeiro. Brasil.
- Maureira, F. 2002. Trabajo infantil. Algunas consideraciones desde la antropología. *Revista Austral de Ciencias Sociales*.(6).
- Meillassoux, C. (1977) *Mujeres, Graneros y Capitales. Economía doméstica y capitalismo*. Siglo XXI Ed. México.
- Mead, M. 1961 [1928]. *Growing Up in New Guinea*. New Cork. Mentor Books.
- Míguez, D. 2011. “Algunas precisiones sobre la relación entre pobreza, juventud y violencia: exploraciones etnográficas y estadísticas comparadas”. En: Santout, Florence (comp). *Jóvenes: Pensar lo político*. Buenos Aires: Prometeo.
- Molitor, M. 1993. Jóvenes trabajadores en situación precaria y modelo cultural de trabajo, en *Economía y trabajo*, 1, 2, pp. 293-306.
- Mudimbe, V. 1992. *Parables & Fables*. Madison. University of Wisconsin Press.
- Noceti, M.B 2009. El trabajo infantil como estrategia de sostén de las familias pobres en la Argentina, la necesidad de rediseñar las políticas públicas. *Acciones e Investigaciones Sociales*, 27, pp. 171-194
- Padawer, A. y Enriz N. 2009. Experiencias formativas en la infancia rural mbyá guaraní. *Revista Avá*, N° 15, pp. 315-332.
- Newman, K. 1999. *No Shame In my Game. The Working Poor in the Inner City*. New York: Vintage Books and Russel Sage Foundation.
- Nicole-Drancourt, Ch. 1992. “Mode de socialisation et rapport á l’activité”. *Revue Francaise des Affaires Sociales*. (2):71.83.
- Otero, A. 2010. “Jóvenes trabajadores, jóvenes luchadores. Reflexiones sobre experiencias contemporáneas. *Nómadas* (32): 163-177.
- Otero, A. 2011. “Jóvenes estudiantes, jóvenes trabajadores. Rutas desiguales, recorridos divergentes. *REID* (5): 175-195
- Paugman, S. 2000. *Le salarié de la précarité*. PUF: París.
- Porter, K. (eds). 1996. On the blacks of children. Children and Work in Africa. Número especial de *Anthropology of Work Review XVIII* (1-2).
- Perry, Guillermo et al. 2007. *Informalidad. Escape y exclusión*. Washington: Banco Mundial.

- Pérez, P (2007) “El desempleo de los jóvenes en Argentina. Seis hipótesis en busca de una explicación”. Ponencia presentada en 8° Congreso de estudios sobre el Trabajo. 8-10 de agosto de 2007. Buenos Aires.
- Pérez Islas, J. y M: Castro-Pozo. 2001. *Los nuevos guerreros del mercado, Simposio Latinoamericano: Los jóvenes y el trabajo, la educación frente a la exclusión social*. México, UIA-IMJ.
- Postman, N. 1994. [1982]. *The Disappearance of Childhood*. New York: Vintage Books.
- Puex, N. 2003. Las formas de la violencia en tiempos de crisis: Una Villa Miseria del Conurbano Bonaerense. En *Heridas Urbanas. Violencia Delictiva y transformaciones sociales en los 90*. Buenos Aires. FLACSO Argentina, Editorial de las Ciencias.
- Pozzoni, M. (2008). “La cultura política juvenil. Un estudio de caso: Mar del Plata, 1972-1974”. Disponible en www.historiapolitica.com
- Rocha, M (185) El trabajador infantil y la escolaridad. En: Amtamnn, C y Moraga, J. (Comp). Educación y Desarrollo Rural. Universidad Austral de Chile.
- Rojas, J (1996) Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880 - 1950. Vol. X Colección Sociedad y Cultura, DIBAM, Santiago.
- Rojas, J (1998) El trabajo infantil en Chile. En PET, Informe anual N° 7. Economía y Trabajo en Chile.
- Rojas, J (1999) "Trabajo infantil en la minería: Apuntes Históricos". En Revista de Historia. Instituto de Historia. Pontificia Universidad católica de Chile, Vol. 32
- Rushdie, Salman 1985. The location of Brazil. *American Film* 10:5-53.
- Rigby, P. 1992. *Cattle, Capitalism, and Class. Iparakuyo Maasai Transformations*. Filadelfia, Temple University Press.
- Salvia, A. y Tuñón J (2002). Los jóvenes trabajadores frente a la educación, el desempleo y el deterioro social en Argentina. Buenos Aires: Fundación Hebert.
- Schuda Ibáñez, S. (2005) *El trabajo visto por los jóvenes chilenos. Un análisis de las representaciones sociales de los jóvenes urbano-populares*. Montevideo, OIT/CINTERFOR.
- Sahlins, M .1972. *Stone Age Economy*. U.S. : Tavistock Publications
- Sánchez Marín José Jesús. 1994. La infancia, modelo para armar. *Letra Internacional*. 32: 64-68.
- Sahlins, M (1983) *Economía de la edad de piedra*. Akal Editores. Madrid.
- Scheper-Hughes, N. y C. Saegent (eds). 1998. *Small Wars. The Cultural Politics of Childhood*. London: University of California Press.

- Scheper-Hughes, N. 1995. "The Primacy of the Ethical: Propositions for a Militant Anthropology", *Current Anthropology*, 36(3): 409-440
- Spencer, H. 1882. *Synthetic Philosophy*. Vol VI, New York: Appleton & Co.
- Szulc, A. 2001a. "*Que trabaje no quiere decir que no sea chico*". *Niñez y trabajo desde una perspectiva antropológica*. Tesis de Licenciatura. Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- _____. 2001b. Sobre la investigación antropológica con niños. *Terceras Jornadas sobre Etnografía y Métodos Cualitativos*. Buenos Aires: IDES (inédito).
- _____. 2006. Antropología y Niñez. De la omisión a las "culturas infantiles". En Wilde y Schamber (comp). *Culturas, Comunidades y procesos urbanos contemporáneos*. Buenos Aires: Paradigma Indicial.
- Toren, Ch. 1993. Making History. The Significance of Childhood Cognition for a Comparative Anthropology of the Mind. *Man* 28 (3):461-478.
- Tylor, E. Burnett .1870. *Primitive Culture: Researches into the development of mythology, philosophy, religion, language, art and custom*. London: J. Murray.
- Turner, B. 1989. "Ageing, Status Politics and Sociology". *The British Journal of Sociology*. (40). 4: 588-606.
- Turner, V. 1982. *From Ritual to Theatre. The Seriousness of Human Play*. Nueva York: Performing Arts Journal Press.
- Turner, V. 1985. Aspects of Saora Ritual and Shamanism. An Approach to the Data of Ritual. En: Victor Turner, *On the Edge of the Bush, Anthropology as Experience*. Edith L.B.
- Vommaro, P. 2011. "Aproximaciones a las relaciones entre juventudes, políticas y culturas en Argentina". Material de clase.
- Wacquant, Loïc J. D. and Wilson. 1993. "The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City." in *The Ghetto Underclass: Social Science Perspectives*. Edited by William J. Wilson. Newbury Park, Calif.: Sage
- Wacquant, Loïc J. D. 1994. "The New Urban Color Line: The State and Fate of the Ghetto in Post-Fordist America." in *Social Theory and the Politics of Identity*. Edited by Craig Calhoun. Cambridge, Mass.: Blackwell
- Wacquant, Loïc (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires. Editorial Siglo XXI.
- Wright, P. 2005. Cuerpos y espacios plurales. Sobre la razón espacial de la práctica antropológica. *Indiana* 22:55-74
- Wright, P. 2008. *Ser-en-el-sueño. Crónicas de historia y vida toba*. Buenos Aires: Biblos, Colección Culturalia.